



الحبسة دابة

A.G. Keller
Gabriela Lo Curto

مجلسة ذبابة

Título ALIANZA

©A.G. KELLER y GABRIELA LO CURTO

Todos los derechos reservados

1ª Edición: Enero 2019

Safe Creative: 1812109276090

Diseño de Portada: Gabriela Lo Curto y Keller Books.

Corrección: Bárbara Padrón Santana.

Maquetación Digital: Keller Books.

Esta es una obra de ficción, los nombres, personajes y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

عجائب

A.G. Keller

Gabriela Lo Curto

Otras Obras de
A.G. KELLER

MIA

ALLY

ADICCIÓN

EUFORIA

Tú Princesa Yo Superhéroe
Vive, se feliz y nunca dejes de soñar

(Libreta de notas)

CONNOR

Otras Obras de
Gabriela Lo Curto

Bilología Un Amor a mi Medida: Ocaso y Amanecer

Amarte es más que mi destino

Para todos los que creen en el amor a pesar de las dificultades...

A.G. Keller

Para las que sueñan con encontrar el verdadero amor, pero mientras esperan, viven a plenitud su vida.

Gabriela Lo Curto

Tabla de Contenido

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

EPÍLOGO

ACERCA DE LAS AUTORAS

Capítulo 1

Ciudad de Raballah

Oriente Medio

En el Reino de Khaybazha el cielo comenzaba a teñirse con tonos naranjas, rojos y dorados que adornaban el ocaso a plenitud. Raballah iba ganando el ajeteo cosmopolita que la caracterizaba al caer el sol. Las luces de las altas edificaciones comenzaban a reflejar la belleza de la exquisita arquitectura de la que era famosa.

Esa noche en particular era importante, significaba el comienzo de una nueva etapa para su pueblo, se celebraba en la Casa Real un banquete de recepción bajo la solicitud del rey, el jeque Rabah Bin Marrash.

Suspiró complacido, al observar desde la terraza privada de su habitación cómo los empleados de palacio atendían a los invitados que ya disfrutaban de la velada. Sus cartas estaban echadas y personalmente cuidaría que todo saliera a la perfección.

A él se le consideraba un rey justo, implacable en los negocios, exigente con sus hijos y generoso con su pueblo. Pero desde que perdió de un terrible cáncer de pulmón a su única esposa, la reina, Kralice Marrash, con la que compartió cuarenta y cinco años de feliz matrimonio; en el que concibieron cuatro hijos varones, su vida ya no volvió a ser la misma. Su muerte lo marcó para siempre.

Kralice, además de haber sido una mujer bondadosa y de gustos exquisitos, fue su gran amor, a la que también le apasionaban las piedras preciosas, incluso había llegado a reunir tantas que contaba con una pequeña habitación para poder conservarlas como se merecían y, para su desgracia, el único tesoro con el que contaban.

Habían pasado diez amargos años desde que enviudó, no obstante, en los últimos cinco años no fue capaz de reinar con cabeza y buen juicio. Solo tomó malas decisiones referentes a la economía, hundiendo al país en un hoyo de deudas y enemigos. Por eso ahora se encontraba en la imperiosa necesidad de unir fuerzas con el reino vecino para salir adelante. Confirmó la hora en su viejo reloj de cadena, una pieza antigua que le había sido heredado por su difunto padre; lo consideraba su talismán de la suerte.

Cuando abandonó sus aposentos lo siguió Dabir, su secretario y consejero personal, un hombre leal que había dedicado su vida al trabajo.

—Alteza, debo informarle que el príncipe heredero no regresó al país solo.

Se detuvo en medio del largo e imponente pasillo, volteó la cabeza y lo miró extrañado. En Khaybazha nada ocurría sin su conocimiento y mucho menos dentro de palacio.

—¿Una mujer? —indagó casi seguro de la respuesta.

—Sí.

—¿Extranjera?

—Sí, por lo poco que he podido investigar la conoció en el último año de su máster, la chica es británica y acaba de llegar al banquete.

Dio unos pasos mientras organizaba sus pensamientos, le pareció extraño que Kadar invitara a una mujer extranjera a la Casa Real sin su consentimiento y justo el mismo día en el que anunciaría su inminente compromiso con la princesa Bakri. Exhaló profundamente al intuir que su hijo se rebelaba al acuerdo trazado hacía más de quince años.

De sus cuatro hijos, Kadar, era el mayor y, por consiguiente, heredero al trono. Se había pasado siete años estudiando economía en la universidad de Oxford, preparándose para ayudar a su padre en los negocios. Siempre fue el más serio y responsable de todos, de gustos exquisitos como su madre, educado, comedido y de pocas palabras, pero al mismo tiempo sabio e inteligente, por eso la confusión del rey al enterarse de la nefasta noticia.

—¿Dónde están mis hijos? —preguntó en tono cortante.

—Alteza —dijo Dabir, con una ligera inclinación de cabeza—, lo esperan

en su despacho.

—¿La princesa Bakri y sus padres han llegado?

—Sí, alteza. Ya se han instalado.

—Muy bien.

—Hay otro tema que requiere su atención.

—¿De qué se trata? —demandó y frunció el ceño.

—Ha sido un problema de último momento e involucra a Victoria Thompson, la hija menor del Embajador Americano. El asistente del diplomático me solicitó una reunión para hablar sobre lo sucedido. Sabemos lo importante que es la familia para el Embajador y, como su consejero, debo pedirle que tome una decisión sobre los príncipes Adel y Farid, su alteza.

—¿Los dos están involucrados con la misma joven? —preguntó para confirmar a sabiendas que de los gemelos se podía esperar cualquier cosa.

—Eso parece. —Preocupado, Dabir afirmó con suavidad mientras le seguía el paso al jeque.

No era la primera vez que aquellos dos le traían ese tipo de problemas a su padre. Bendecidos por una belleza exótica eran la debilidad de muchas mujeres. De ojos verdes como la hierba de un oasis, enmarcados por unas gruesas pestañas, cabellos del color de una noche oscura y la piel aceitunada igual a la de su difunta esposa. Desde su nacimiento, Adel y Farid eran inseparables, cómplices en infinitas aventuras y un dolor de cabeza para el rey.

Tenía que tomar una decisión, aunque lo odiaran por ello. Meses atrás les había advertido sobre las consecuencias de su comportamiento y conociendo los hechos recientes, nada había cambiado. No era solo un hombre exigente con su familia, sino también determinado. Cuando decretaba algo debía cumplirse como una ley.

—¿Dónde está Nasim?

Preguntó al entrar con paso firme repasándolos uno por uno mientras se ubicaba detrás del imponente escritorio. Los tres príncipes de Khaybazha vestían los trajes típicos de su reino, una larga túnica blanca cubierta por un *bisht*^{li} color beige, decorado en los bordes por adornos bordados en hilos dorados. Sobre la cabeza, sujeto por un cordón negro doble, llevaban un

pañuelo blanco.

—No lo he visto desde el desayuno —respondió Farid.

—Debe estar por llegar —interrumpió Adel.

Kadar lo observaba en silencio esperando un momento de privacidad para poder hablar con su padre acerca de la invitación que le hizo a Kelly Reed en el último minuto. La conoció un año atrás en una fiesta que se celebraba en el lujoso Hotel REED'S en Londres.

Kelly era articulada, inteligente y de armas tomar, que, al igual que él, se estaba preparando para tomar las riendas del imperio hotelero con el que contaba la familia Reed. Ambos sabían que un futuro juntos era una quimera. Ella, por su lado, estaba comprometida con su carrera y su familia y él, con el reino de Khaybazha y con una princesa a la que no amaba y de la que nunca quiso saber su identidad.

—Déjanos solos, Dabir —ordenó el rey.

—Desde luego, alteza. —Hizo una corta reverencia y regresó sobre sus pasos cerrando la puerta tras de sí.

Rabah Bin Marrash se sentó en su silla de cuero marrón y comenzó a mirar fijamente a sus hijos. Levantó su mano derecha y señaló a los príncipes Adel y Farid.

—Les advertí que sus actos traerían consecuencias, creen que por ser los hijos del rey pueden jugar con cualquier mujer que deseen, pero no es así. He sido demasiado benevolente y en gran parte ha sido culpa mía por no haber hecho algo antes de que sus aventuras de cama interfirieran en la política del país.

Adel se atrevió a hablar.

—¡Padre, si te refieres a Victoria Thompson, le doy mi palabra de que en todo lo que ocurrió ella siempre estuvo dispuesta! Sabe muy bien que jamás haríamos...

—¡Cállate! No me interesan los detalles de cómo, dónde y cuándo tu hermano y tú, disfrutan de los placeres de la cama. A partir de ahora, cada uno estudiará en países diferentes.

—¡Padre! —imploró Farid—. Podemos arreglarlo de otro modo, Adel y yo nunca nos hemos separado. Piénselo mejor, por favor.

—Está decidido, Farid. Regresarás a los Estados Unidos y continuarás la carrera de Ingeniería en California, mientras que Adel deberá mudarse a Irlanda. —le informó a su hijo, quien bajó la mirada al suelo y negó con la cabeza, molesto por la decisión de su padre.

—Eres el rey, pero también nuestro padre, considero que...

El hombre se levantó de la silla y soltó un golpe seco sobre el escritorio que enmudeció a los tres hermanos, pero asustó al más joven, Nasim, que se encontraba escondido junto con su amiga, Karima, la hija de la cocinera, una chica de dieciséis años que se había criado en palacio.

Ambos intentaron amortiguar el grito tapándose las bocas con las manos, pero fue inevitable. Kadar corrió la cortina a un lado para ayudarlos a salir observándolos con el ceño fruncido.

—Lo siento, lo siento, alteza —pronunció la muchacha con angustia.

Con las lágrimas corriendo por sus mejillas se disculpó muerta de la vergüenza clavando la mirada en el piso al salir de su escondite. Al pasar frente a Nasim sintió cuando le oprimió la mano con rapidez dejándole saber con ese breve contacto que se tranquilizara, esa confianza era usual entre ellos a pesar de las continuas quejas de su madre y las amenazas por parte del rey hacia su hijo.

—Dile a tu madre que antes de que acabe la fiesta venga a verme.

La gruesa voz del jeque retumbó con fuerza asustándola aún más de lo que ya estaba, no paraba de reprenderse mentalmente su estúpido comportamiento, nunca debió aceptar la invitación de su amigo, porque eso era lo que Nasim significaba para ella, a pesar de los prejuicios por ser un príncipe, él siempre la había tratado como una igual, sin hacer distinciones de clases sociales ni mucho menos, haciéndola sentir especial. Pero al escuchar la orden del rey, no pudo evitar recordar las palabras de su madre que en ese momento retumbaron en su memoria:

«Jamás serás aceptada en la familia Marrash, para ellos solo somos personal de servicio. Hazme caso, hija, no quiero que termines con el corazón destrozado».

Karima asintió con la cabeza sin poder pronunciar palabra al sentir cómo se le oprimía el pecho, caminó sin detenerse hasta salir del gran despacho y una vez que llegó al final del pasillo se cubrió la boca para amortiguar un

sollozo que pugnaba por salir. Estaba en problemas, ya bastante tenía su madre con que su padre, un par de años atrás, muriera de un ataque al corazón dejándolas solas y desamparadas para que venga ella ahora a perjudicarla por su impertinencia. Desesperada alzó los ojos al cielo implorando un milagro. Se juró no volver a ver al príncipe Nasim si el rey actuaba con justicia y le permitía conservar el trabajo a su madre.

Una vez que la puerta se cerró, el monarca posó la mirada llena de desilusión en el príncipe más joven, exhaló el aire retenido en sus pulmones preparándose para lo que tenía que decirle. La última vez que discutieron lo amenazó con enviarlo a un internado si seguía con ese comportamiento tan fuera de control. Estaba al tanto que su ausencia le dolería más a él que al mismo muchacho, pero no podía permitir que su palabra no fuera tomada como una orden por su hijo.

—Nasim, no puedo permitir que me faltes el respeto, sabes muy bien que te he prohibido tener amistad con los hijos del personal de servicio. —Nasim, que ni siquiera se había cambiado de ropa, le sostuvo la mirada, de todos los hermanos era el rebelde, hasta parecía disfrutar el llevarle la contraria a su padre y por esa razón siempre se metía en problemas—. No me dejas otra opción que enviarte a Londres a un internado. Necesitas enfocarte en lo que es verdaderamente importante, en tu educación.

—¡Pero papá! —intentó refutar sin suerte buscando el apoyo en los rostros sombríos de sus hermanos.

—No hay peros, Nasim. Acatarás mis órdenes y punto. —Se giró y apuntó con el dedo al hermano mayor—. Y tú, mi primogénito, eres el futuro rey de Khaybazha y te has atrevido a invitar sin mi permiso a una extranjera al palacio. ¿En qué estabas pensando? ¿Cómo se te ocurre involucrarte con esa joven cuando conoces tu destino?

—La amo, padre —confesó Kadar, ocultando el temor que sentía hacia su reacción, no deseaba que la rechazara, albergaba la esperanza de que por lo menos le diera la oportunidad de conocerla—. Le pido que me permita presentársela, así podrá conocerla y entender por qué la he invitado.

—No es necesario, hace quince años sellé un pacto con el rey Mohamed Bin Bakri donde se establecieron acuerdos económicos y políticos entre los

dos reinos. Uno de esos acuerdos era tu alianza con la princesa Amira, ese matrimonio consolidará nuestras relaciones. Ya hemos establecido la fecha de la ceremonia y esta noche se anunciará en el banquete. —El príncipe abrió la boca para hablar, pero fue interrumpido—. Kadar, no insistas, tu destino está escrito.

Capítulo 2

Casa Real

Reino de Khaybazha

Acompañado de sus cuatro hijos y su séquito personal, el jeque hizo su ostentosa aparición en la celebración del compromiso. Durante la primera hora, los invitados debían cumplir con el protocolo de saludar al rey.

En esos días la comitiva de seguridad se había incrementado, por lo que se podía ver a los guardaespaldas vigilar cada rincón y proteger a los huéspedes con extrema dedicación.

Ubicado en la parte posterior del palacio, el jardín principal estaba engalanado por lujosas carpas hechas de seda, rodeadas por lámparas rectangulares que iluminaban con delicadeza el espacio. El aroma de las especias provenientes de la comida se mezclaba con el olor de los inciensos y la fragancia dulce y penetrante del jazmín. Arbustos, flores y fuentes completaban el decorado para crear un paradisíaco oasis.

Al terminar, fueron convidados a degustar el delicioso banquete preparado por *Modern Cuisine*, el restaurante más exclusivo de Raballah. Lomo de cordero relleno, huevos de codorniz con perlas de trufa, pavo real imperial, acompañado por champán y vinos franceses, así como también de coñacs y otros aperitivos.

Una gran mesa vestida con un delicado mantel blanco bordado con hilos de plata fue dispuesta para ambas familias. Sentados uno al lado del otro, el príncipe Kadar y la princesa Amira finalmente se conocieron, ella se veía radiante luciendo un suave maquillaje que le acentuaba los pómulos y destacaba sus atributos como lo eran sus ojos color chocolate que siempre la delataban por lo expresivos que eran y esos labios carnosos que desplegaban

una sonrisa seductora. Su atuendo era un vestido de seda en color turquesa adornado con numerosos detalles, bordados y pedrería, muy típico de su reino. Su sedosa y larga melena, tan negra como el azabache, estaba cubierta por un sencillo velo negro.

—¿Estás feliz de volver a casa?

Kadar apenas la vio, ni siquiera le contestó la pregunta que la princesa le hizo porque no la escuchó, estaba tan preocupado por encontrar a Kelly que no le prestó atención.

—Te pido que me disculpes, hay un asunto que debo resolver. —Amira sintió aquel comentario escueto como un bofetón a su orgullo.

Él le hizo señas a Uthal, su secretario, para que lo acompañara. Una vez que se excusó se retiró de la mesa para mezclarse entre los invitados. Por más que desease apurarse no podía, a cada paso que daba debía detenerse para recibir una felicitación. Cuando al fin dio con ella, la encontró hablando con un hombre y en cuanto se acercó pudo observar la credencial que colgaba de su cuello, era un reportero de la prensa local que estaba cubriendo la noticia.

La tomó con disimulo por el codo y en cuanto sus miradas hicieron contacto se mortificó ante su reacción. La furia y desilusión que reflejaban sus ojos era simplemente devastadora. Él nunca imaginó que el motivo de la fiesta era para anunciar su compromiso con la princesa Bakri, de lo contrario nunca le habría insistido para que fuera.

Seguido de Uthal, la guio hasta uno de los pasillos que conectaba con el interior del palacio pensando en que la situación se había transformado en un completo desastre.

—¿Cómo pudiste hacerme esto, Kadar? —preguntó con rabia contenida, intentando controlar su tono de voz.

—Lo siento, Kelly. A mí también me ha tomado por sorpresa la noticia.

—¿En serio vas a aceptar que te casen con una mujer que no quieres?

Una seña por parte de su secretario le hizo saber que no estaban solos.

—Es mejor que hablemos en otro momento, arreglaré que te trasladen al hotel ahora mismo.

Chasqueó los dedos para delegar las necesidades de su invitada.

—Dime una cosa, ¿crees que ella pueda hacerte feliz? —Sus ojos

brillaban por las lágrimas que luchaban por no salir—. No es justo que aceptes estas costumbres tan viejas y pasadas de moda. Eres un hombre moderno, inteligente, sabes lo que quieres. No me decepciones, Kadar —El príncipe intentó abrazarla para tranquilizarla, pero ella lo rechazó molesta.

A unos pasos se encontraba Amira acompañada de Sira, su asistente personal, a quién le ordenó que no perdiera de vista al príncipe una vez que este abandonó la mesa. En cuanto entraron en el pasillo pudo escuchar el murmullo amortiguado de una mujer que le reclamaba acaloradamente. Se detuvo en seco para pedirle a Sira que se acercara aún más. Ella necesitaba saber qué significaba para el príncipe la misteriosa mujer que a leguas se le notaba que era extranjera y la posible razón de su arrebato.

Mientras esperaba oculta tras de una columna por las noticias de Sira, se acordó de su rostro cuando lo vio en persona horas atrás. Sus ojos marrones oscuros, sus gruesas pestañas, la barba cerrada y bien rasurada, la nariz aguileña y esos labios finos que apenas se abrieron para hablar. No era ni la sombra del recuerdo que ella guardaba de él. El príncipe Kadar ahora lucía como un hombre que sabía lo que deseaba, inteligente y seguro de sí mismo.

Había querido conocerlo antes, pero los distintos compromisos y deberes reales tanto de él como de ella impidieron aquel encuentro. Amira era la heredera al trono, así que desde su nacimiento, y más cuando tuvo conciencia del nivel de responsabilidad que recaería sobre sus hombros, entendió que un día elegirían por ella. Estaba al tanto de que su destino era casarse con un hombre de su mismo rango y a través de un matrimonio concertado como dictaban las tradiciones.

Cuando eso sucedió su madre le entregó una fotografía de Kadar en la que lucía mucho más joven cabalgando un camello por el desierto seguido de sus hermanos, su rostro sin barba era adorable. Ese día respiró tranquila porque a pesar de que no lo conocía de nada sintió en su pecho que quizás algún día podría enamorarse de él.

—Será mejor que nos retiremos, princesa, su secretario se ha dado cuenta de mi presencia.

Le avisó la muchacha guiándola con premura de regreso por el mismo

camino por donde habían entrado.

—¿Pudiste escuchar algo? —la interrogó con disimulo mientras se adentraban en el jardín.

—Le habló en inglés con acento británico y le preguntó si cree que usted pueda hacerlo feliz, por lo que entendí pretende hacerlo recapacitar de aceptar el compromiso.

La insolencia del comentario además de molestarla le corroboró lo que por años se imaginó, Kadar era un hombre interesante, apuesto y adinerado, de seguro esta mujer pertenecía a una larga lista de novias abandonadas, se la imaginó dolida al enterarse de su compromiso y no la culpó por ello, ella en su lugar tal vez hubiera hecho lo mismo, pero llegar a venir para hacerlo cambiar de parecer ya era el colmo del descaró y de la humillación para ella y su familia.

Por un momento quiso girarse sobre sus talones y exigirle al príncipe que la echara de palacio por su falta de respeto. No obstante, su sentido de la cordura le impidió dejarse llevar por ese impulso tan fuera de lugar, porque, a pesar de haber estudiado su carrera de Ciencias Políticas bajo la modernidad de un país como los Estados Unidos, nunca olvidó las arraigadas tradiciones de su reino. Y mucho menos el compromiso que tenía con su pueblo por ser la princesa. Su deber era fortalecer las alianzas con países vecinos. Por más que le doliera, debía aceptar esa unión como una negociación, aunque su corazón no sintiera lo mismo.

—¿Me acompañas?

La sorprendió la voz de Kadar que le habló muy cerca del oído. Estaba tan sumergida en sus pensamientos que no lo sintió aproximarse.

—Lo siento, voy de camino a despedirme de mis padres, es tarde y deben volver. —Fue lo primero que se le pasó por la cabeza para excusarse.

—Serán unos minutos como mucho —comentó decidido a no aceptar un no como respuesta—. El jefe de prensa de la Casa Real les ha prometido a los medios internacionales una fotografía de nosotros.

Asintió con la cabeza algo desilusionada, por un momento pensó que él quería pasar un rato a solas con ella y tal vez explicarle la presencia de esa mujer.

—¿Pudiste arreglar ese problema que tenías pendiente o debería preocuparme por ello?

No pudo morderse la lengua, la pregunta salió de sus labios de forma automática y llena de un sarcasmo tan natural que la sorprendió, por lo general, ella siempre se comportaba con mesura.

A Kadar, Kelly le había complicado la noche. Al principio no había aceptado abandonar sola el palacio, insistía en que él debía llevarla personalmente hasta el hotel, así que tuvo que prometerle que al día siguiente hablarían de todo lo sucedido. En cuanto resolvió la situación, Uthal le informó que era posible que la princesa Amira, por medio de su asistente, ya estuviese informada de lo sucedido. Así que se dispuso a buscarla para aclarar con ella cualquier malentendido.

Y por el comentario impertinente que le dijo, estaba seguro que sabía todo.

—Amira, quiero que tengas algo muy en claro —comenzó su explicación tomándola de la cintura para acercarla a él. Estaban tan cerca que ella pudo oler la suave fragancia que Kadar se había puesto, la encontró afrodisiaca, masculina, muy propia de lo que él irradiaba—. Mientras estés conmigo no tienes nada de qué preocuparte.

La determinación en la voz del príncipe le dejó saber que era un hombre de carácter, que también estaba interesado en que esa unión entre ellos llegara a feliz término, fuera por los motivos que fuera.

Los ojos de él se enfocaron en los labios carnosos y sugestivos de Amira que se entreabrieron para decir algo.

Kadar aprovechó la oportunidad para callarla con un beso, necesitaba terminar de una vez con las peticiones de su padre, la celebración se le estaba haciendo eterna. Por eso se le ocurrió hacerlo frente a las cámaras, de esa manera sellaba para el mundo entero su grandioso compromiso como también sembraba la esperanza entre los pueblos del Medio Oriente. El rey tenía razón, una alianza como la de ellos era necesaria en esos tiempos.

Las luces de los flashes de las cámaras no tardaron en inmortalizar ese momento, aplausos, risas y los augurios de felicidad no se hicieron esperar.

Cuando Amira abrió los ojos se sintió diferente, confusa, molesta. No tenía idea de cómo procesar la deliciosa sensación que sintió su cuerpo en los pocos segundos que duró el beso. Reprendiéndose mentalmente por no poder odiarlo por haber traído a su propio compromiso a la mujer de turno.

Cuando los eventos de la noche ya no requirieron de su presencia, el jeque Rabah Bin Marrash se retiró a su despacho; había un asunto que debía finiquitar antes de terminar el día.

—Dabir, busca a Kala y dile que venga de inmediato —ordenó a su asistente y se sentó en su silla de cuero marrón.

—Enseguida, alteza.

Kala y su hija no eran unos simples sirvientes. Durante la enfermedad de la reina, tanto Karima como su madre se habían dedicado a cuidarla y mantenerla en buenas condiciones. La joven con tan solo seis años llenaba de alegría la habitación de la reina con sus ocurrencias y cuentos inocentes. Eso sin mencionar la lealtad que el padre de la joven siempre tuvo hacia los miembros de la familia real. Sin embargo, lo que había ocurrido horas antes entre Karima y el príncipe Nasim no podría volver a suceder.

Dabir tocó la puerta, al escuchar la voz gruesa del rey consintiendo su ingreso, abrió y le permitió a Kala entrar al despacho.

La pobre mujer se sentía asustada al punto de faltarle el aire.

—Kala, tu hija ha infringido una norma de palacio. Y te recuerdo que no es la primera vez que hablamos de su comportamiento. Es inaceptable el nivel de confianza que mantiene con Nasim.

La cocinera bajó avergonzada la vista al suelo, no tenía manera de defender a su hija.

—Le pido, alteza, que perdone su conducta. Le juro que he hablado con ella muchas veces sobre cuál es nuestro lugar dentro de palacio, pero su espíritu joven no le permite comprender.

—No habrá otra oportunidad, Kala. Busca a tu hija y recoge tus cosas. No puedo permitir que otra escena como la que ocurrió hoy se repita.

—Así será, alteza.

—No te marcharás con las manos vacías, estoy muy agradecido contigo y

los tuyos por los años de servicio, así que recibirás una cantidad de dinero y una propiedad a las afuera de Raballah para que puedas reconstruir tu vida junto a Karima.

Kala levantó la cabeza y miró al rey a los ojos con infinita gratitud.

—Ha sido un honor servir en palacio, alteza. Le estaré siempre agradecida por su generosidad.

Acostumbrado a que su palabra era ley, la dejó ir sin pensar que quizá merecían otra oportunidad o que, por el contrario, era su hijo Nasim quien debía controlar su comportamiento alocado y dejar de cometer actos inmaduros.

Capítulo 3

A tempranas horas de la mañana los trabajadores de palacio no dejaban de entrar y salir atareados con los preparativos para la boda del príncipe Kadar y la princesa Amira. El personal solo contaba con tres meses para dejar todo a la perfección por orden expresa del rey.

Por otro lado, en el elegante comedor se encontraban los cuatro hermanos tomando el desayuno acompañados, como era una costumbre, de sus respectivos secretarios.

Los gemelos, Adel y Farid, aprovecharon para quejarse, les parecía una injusticia que su padre les ordenara separarse. Si tan solo los escuchara quizás las cosas podrían ser diferentes.

—Kadar, deberías hablar con padre. ¡Ayúdanos, por favor! Esta decisión es absurda, ¿no te parece?

Le pidió Farid haciéndole una seña a su gemelo para que lo respaldara con algún comentario. De todos ellos, Kadar, además de ser el mayor, era quien tenía más confianza con él. Después de que la reina falleció el padre de los muchachos se volvió un tanto hermético.

—Puede que a ti te oiga. Lo que ocurrió con la hija del embajador fue un acuerdo entre los tres y no un engaño, como ahora ella lo quiere hacer ver. Se está haciendo la víctima, de seguro quiere sacar algún dinero de todo este escándalo —agregó Adel, llevándose la taza de té a la boca.

Kadar siguió observándolos con seriedad sin pronunciar una palabra, aunque los había escuchado su mente estaba en otro lugar, Kelly ocupaba gran parte de su preocupación, necesitaba encontrar el momento oportuno para escaparse, debía hablar con ella e intentar arreglar su estropeada relación, tal vez hasta pudiesen llegar a un acuerdo. Antes de dormirse se acordó que su religión le permitía tener más de una esposa, de lo que no estaba seguro era si su adorable inglesa aceptaría algo como eso siendo una mujer católica. Incluso hasta llegó a pensar en renunciar al trono... en el peor de los casos. Solo

esperaba no tener que recurrir a ello.

—¿Y yo? ¿Es que a nadie en esta familia le importo? —Se quejó Nasim con fuerza interrumpiendo sus pensamientos—. Padre me amenazó con cumplir su promesa de enviarme a un internado en Londres.

—Deja el drama, Nasim, ya no eres un niño, tienes dieciséis años y esta experiencia te sentará muy bien, ya es hora de que salgas de palacio y te eduques como el hijo de un rey. Te sentará de maravilla este cambio. Ya se lo agradecerás, aunque ahora no lo creas.

Lo animó Farid desplegando una sonrisa socarrona a lo que el joven príncipe tomó como una broma. Él nunca había querido ir a estudiar fuera del reino como sus hermanos, estaba muy apegado a la vida que llevaba en la Casa Real, jamás se imaginó que llegaría el día en que tendría que abandonarla.

—El rey desea verlo ahora mismo —le avisó Uthal a Kadar en voz baja para que sus hermanos no escucharan.

Asintió con la cabeza y le dijo que se adelantara mientras le daba el último sorbo a su café.

—Veré qué puedo hacer por ustedes —dijo apuntando a los gemelos con un dedo y luego agregó girándose hacia el más joven—. Conuerdo con Farid. Es hora de que abandones el nido, Nasim. Ya tienes edad para aprender otras costumbres.

Con paso fuerte abandonó el comedor, era hora de ir a darle la cara a su padre y de abogar por sus hermanos. Él nunca antes le había pedido nada, esperaba que eso sirviera de algo. Con la esperanza de que todo le saldría como lo había calculado la noche anterior, caminó con la cabeza erguida sintiéndose dueño del mundo. Pero en cuanto puso un pie dentro del gran despacho se encontró con el rostro desencajado del rey.

Lucía furioso apuntando un puñado de fotografías que yacían esparcidas por la mesa del escritorio y en las que curiosamente aparecían Kelly y él sin mucha ropa.

Solo ellos eran los dueños de esas imágenes, todas y cada una de ellas fueron tomadas en la intimidad, lo que lo llevó a preguntarse, «¿cómo han llegado hasta sus manos?».

—¡Déjenos solos! —exclamó el jeque a todo pulmón.

Su séquito y ambos secretarios abandonaron la estancia mientras Kadar se sentaba en una de las butacas sin comprender.

—¿Cómo es esto posible? —preguntó incómodo, señalando las fotos.

—Anoche, el chofer que llevó a la extranjera, escuchó la conversación que mantuvo por teléfono con un periodista, le dijo que tenía pruebas de que el compromiso era un fiasco y de que ese beso que le habías dado a la princesa Amira frente a las cámaras era solo una farsa. —Le dio con el puño cerrado a la mesa provocando que las imágenes cayeran al suelo por el impacto—. Luego le prometió enviarle unas fotos comprometedoras, pero con la promesa de que las hiciera públicas antes de la fecha prevista para la boda.

—No puedo creer lo que estás afirmando, Kelly no es así. Debe haber un error.

—¡Te lo he dicho mil veces, Kadar! ¡En las mujeres no se puede confiar!

—Ella no es una mala mujer, me gustaría que le dieras la oportunidad de defenderse. Estoy seguro de que su comportamiento tiene una explicación. —Desesperado por calmar a su padre continuó—. Está herida y se siente engañada, ¿no lo ves?

De inmediato el recuerdo de Kelly lo invadió, rememorando el día que la conoció. En cuanto se quedó solo en el bar para pedir una bebida se topó con la mujer más hermosa de ojos claros y cabello rubio que había visto en toda su vida. Ella chocó con él al girarse derramando el contenido de la copa de champán sobre la solapa de su traje. Enseguida la vergüenza se apoderó de su rostro, Kadar encontró sus mejillas ruborizadas y las disculpas que brotaban de sus labios, adorables. Y aunque él no paraba de decirle que no se preocupara, ella no hacía más que hablar y hablar de lo nerviosa que estaba.

—¡Kadar! ¿Cómo se te ocurre anteponer a esa extranjera que a tu pueblo?

—No la estoy anteponiendo a nada, simplemente la defiendo porque la amo. Y deseo que se convierta en una de mis esposas.

El rey, al escuchar esa confesión, deseó abofetearlo para hacerlo entrar en razón, pero se contuvo.

—Cállate y escucha lo que te voy a decir. A partir de ahora te prohíbo que vuelvas a buscarla. Y por consecuencia de los actos de esa chica tendré que

adelantar la boda. Será en tres días —ordenó y le pidió a Uthal y a su secretario Dabir entrar al despacho para comenzar a coordinar todo lo referente a la ceremonia.

—¿Papá, es que no escuchó lo que le dije? —inquirió con el ceño fruncido sin bajar la guardia—. Déjeme hablar con ella para tranquilizarla y asegurarme de que no vuelva a cometer otra imprudencia.

—¡Eres tú quién te has dejado cegar por esa mujercita y no escuchas razones! —Tomó una profunda respiración para calmarse al darse cuenta de que el comportamiento de su hijo no era una buena señal, lo que menos quería era que actuara como un rebelde. Ahora más que nunca necesitaba hacerlo entender lo significativo que era su compromiso—. Por suerte pudimos prevenir que ocurriera un desastre al quitarle estas fotos, pero no sabemos si tiene más o decida buscar otra manera de perjudicar la boda. ¿Es que no te das cuenta lo importante que es tu casamiento con la princesa? Necesitamos de la ayuda de su reino para seguir ganando poder, las cosas no van bien, Kadar. — Le explicó con un tono de voz sosegado, llamándolo con la mano para que se acercara a la ventana donde él se encontraba de pie—. De ella es de quién tienes que preocuparte. —Amira se paseaba por los jardines acompañada de Sira—. Encárgate de hacerla feliz, hijo. Ella es la debilidad de su padre, además es hermosa. No te será difícil volver a enamorarte.

El príncipe la observó llevarse a la nariz un enorme jazmín blanco que su acompañante acababa de cortar. Su padre tenía razón, era bella, delicada y muy elegante. Llevaba puesto un conjunto de chaqueta y pantalón en color perla que le sentaba de maravilla, no usaba velo, tenía el cabello largo, le llegaba casi hasta la cintura. Era negro, lacio y flotaba con delicadeza por la suave brisa que soplaba.

—No estaba al tanto de las necesidades del reino.

—Lo sé, hijo. En cuanto vuelvas de la luna de miel te pondré al corriente de todos los asuntos políticos y económicos del país. —Le pasó un brazo por los hombros mirándolo a los ojos—. Sabía que entenderías. Por lo pronto, ve y escoge un conjunto de joyería de la colección de tu madre. Estoy seguro que los rubíes le van a encantar.

—Por lo menos déjeme ir a despedirme de Kelly. —Le pidió por última

vez esperanzado.

—Creo que es un poco tarde para buscarla. —Caminó hacia la puerta del despacho y, antes de abrirla, agregó—: De la extranjera ya me he ocupado. Ha salido en el primer vuelo de esta mañana con destino a Londres. Y, por cierto, vete olvidando de esa descabellada idea de querer tener una esposa occidental. —Lo encaró con satisfacción al ver la consternación apoderarse del rostro de su hijo—. Porque en el contrato la princesa especificó en una de las cláusulas que se te prohíbe tener más de una esposa.

Esa fue la manera del rey para acabar con la conversación.

Kadar, lleno de rabia y frustración, cruzó el umbral seguido de Uthal sintiéndose asfixiado. Desde que tuvo uso de razón siempre tuvo el privilegio de escoger todo lo que deseaba, nunca le obligaron a hacer nada en lo absoluto, esta, definitivamente, era una situación complicada para él. Primero, el verse forzado a casarse con una mujer que no amaba y, segundo, el no tener la oportunidad de despedirse de su gran amor.

Por otro lado, estaba su padre, el reino, su pueblo. No podía defraudarlo, él era el príncipe heredero al trono. Debía ser fuerte y afrontar la realidad con dignidad y entereza, aunque no fuera lo que había planeado.

De camino a la habitación de las joyas, su hermano Adel lo interceptó.

—Ey, ¿pudiste hablar con él? —Se cruzó de brazos.

—Lo siento, Adel. No tuve ocasión.

—¿Y esa cara? ¿Qué ha pasado? —Le tocó el hombro buscando que lo viera a los ojos. Porque hasta ese momento Kadar miraba hacia el suelo.

—La boda fue adelantada y será en tres días —respondió con amargura y continuó su camino dejándolo atrás.

Capítulo 4

A la princesa Amira se le asignó un ala de palacio para que se instalara con su personal. El séquito de la princesa contaba con un puñado de guardaespaldas, dos damas de compañía, su secretaria y una asistente de prensa. Previamente se le acondicionó una de las habitaciones para que la usara como despacho. Ella estaba acostumbrada a trabajar una vez que terminaba el desayuno. Se había hecho cargo de campañas humanitarias y fundado varias ONG para mejorar el sistema educativo primario y universitario de su país.

—Hoy solo tiene dos compromisos, alteza —comenzó diciendo Sira, que como todas las mañanas le recitaba la agenda del día—. Tiene una videoconferencia con la directora de la Fundación de los Niños Huérfanos a las diez de la mañana y luego debe visitar la escuela primaria más importante de Raballah a las dos de la tarde. Este último compromiso deberá hacerlo en compañía del príncipe Kadar.

Amira soltó un largo suspiro al ver la fotografía de ellos en el periódico que descansaba encima del escritorio. Salían besándose, tan solo recordar aquel momento la hizo estremecerse. Los tiernos labios de él se adueñaron de los de ella reclamándole algo más que un simple contacto.

Al escuchar a su secretaria aclararse la garganta volvió su interés al reportaje que estaba en la primera página, bajo el título que rezaba:

«El compromiso del año, dos reinos que se unen por la fuerza del amor».

—¿Otra cosa que deba saber?

Preguntó al colocarlo de nuevo sobre la mesa. Necesitaba concentrarse en la reunión vía Skype que estaba por comenzar.

—No, princesa.

Sira aceptó la videollamada y se apartó para que su jefa apareciera. Sentándose detrás con una libreta para tomar las notas necesarias.

Una hora más tarde, mientras se despedía de la directora de la organización humanitaria, la puerta se abrió de súbito, haciéndolas brincar a las dos.

Kadar entró sin pedir permiso, vestido de occidental, un traje de corbata azul oscuro, acompañado de su secretario.

Amira alzó la mano haciéndole una seña para que no hablara. Él se detuvo con desagrado a esperar, sin embargo, le gustó escucharla hablar con tanto carisma y un sentido de la compasión muy natural.

Una vez que se despidió, dejó a Sira a cargo de ultimar los detalles de la visita que había prometido. Caminó en dirección a los hombres, no podía evitar sentirse molesta por su falta de educación y su excesiva confianza.

—¿Es que no te han enseñado que debes llamar antes de entrar? Estuviste a punto de estropear una importante reunión —reclamó, acercándose a él con determinación.

Con una ceja levantada Kadar la observó de arriba abajo, percatándose de que ese elegante conjunto se le pegaba al cuerpo como un guante. Pudo apreciar lo esbelta de sus piernas, la estrechez de su cintura y la piel de su cuello que apenas se veía por la abertura de la blusa.

—Me alegra saber que todo salió bien —dijo sin darle importancia a lo que ella había dicho.

Amira arrugó el entrecejo frustrada por la respuesta, hasta le pareció que él disfrutaba de la situación.

«*Pero, ¿por qué?*». Se preguntó, mentalmente.

—¿En qué puedo ayudarte, Kadar? No se me notificó de esta visita.

Quiso reír por el tono irónico de su comentario, pero se contuvo, la ignoró pasando por su lado para tomar el diario que descansaba sobre la mesa de trabajo. Lo alzó para leerlo y en cuanto acabó le hizo señas a Uthal para que los dejara solos. Amira se vio obligada a hacer lo mismo con Sira, sintiéndose rara al quedarse a solas con su futuro esposo.

—El título del artículo está demasiado alejado de la realidad. ¿No te parece? —inquirió el príncipe con sarcasmo.

Tenía ganas de reclamarle el hecho de que existiera una cláusula en el contrato que lo obligara a tener una sola esposa con la que conformarse.

—Concuerdo contigo —respondió con el orgullo herido al comprobar que la escena de la que había sido testigo la noche anterior le confirmaba que la extranjera significaba más que un simple capricho para él.

—No muerdo, acércate. —Al verla dudar, agregó para buscarle la lengua —: Tengo entendido que eres una mujer celosa, acaparadora y egoísta.

Sus palabras la abofetearon con fuerza. Molesta por su falta de respeto para con ella, se acercó dispuesta a enfrentarlo.

—No me conoces todavía para que hables de esa manera. Te prohíbo...

Kadar la atrajo con las dos manos por la cintura hasta su pecho, tomándola por sorpresa sin apartar el contacto visual.

—¿Me prohíbes qué, Amira? ¿Es que no te basta con haber estipulado en el contrato que solo puedo tener una esposa? ¿No te parece que estás siendo egoísta? ¿O acaso me he quedado corto? —No pudo aguantarse al ver su actitud de suficiencia.

Abrumada por la cercanía de ese hombre y la pasión con la que pronunciaba cada palabra, pudo sentir lo herido que se encontraba. Bajó las manos y se soltó de su agarre alejándose unos pasos para pensar con claridad.

—Te prohíbo que me hables de esa manera, Kadar. No me conoces, y con respecto al contrato, simplemente lo resumo a una sola palabra. —Se sostuvieron la mirada por dos segundos, la tensión que se percibía en el ambiente era cortante—. Justo. Me parece justo que ambos tengamos los mismos derechos, por lo menos en esa mínima parte.

—Justo —repitió, reprimiendo una carcajada llena de ironía—. Difiero de tu sentido de lo justo, Amira. —Caminó en dirección a la puerta hartado de esa conversación—. Por cierto, mi padre ha adelantado la boda. Espero que eso no estropee tus planes. Nos casamos en tres días —soltó con amargura, dejándola sola.

En cuanto Kadar salió de la habitación, Sira entró con el rostro contrariado por la noticia que le traía a la princesa.

—Su alteza, se nos acaba de notificar que la boda se adelantará.

—Lo sé, ¿te notificaron el motivo?

Se apartó el cabello de los hombros sintiéndose molesta por la

conversación que acababa de tener.

—No, princesa. Lo único que se nos dijo es que se llevará a cabo en tres días.

—Tres días —repitió caminando por el salón, pensando en sus invitados—. ¿Mis padres lo saben?

—Les acabo de informar mientras esperaba que el príncipe saliera.

—Has hecho bien. —La llamó con la mano para que se acercara—. Necesito que te encargues de algo, Sira. —Le pidió con discreción.

—Lo que usted disponga, alteza.

—Necesito que averigües los motivos, porque algo tuvo que haber pasado para que el rey tomara esta decisión tan precipitada. Espero un informe detallado antes de que acabe el día.

Capítulo 5

Escuela Primaria Kralice Marrash

Ciudad de Raballah

—Serán recibidos por la directora quien los guiará al patio central donde el grupo de danza les tiene preparada una sorpresa. Una vez terminado el acto entonces pasarán a revisar la infraestructura que se anexó al ala de tecnología por orden del rey —les indicó Uthal mientras el chofer aparcaba la limusina en la entrada—. Y para finalizar, la princesa Amira deberá leerle a los más pequeños en una de las aulas.

Sira le hizo entrega de un libro antes de bajarse detrás de Uthal para verificar que la seguridad estaba debidamente cubierta.

La princesa lo revisó con rapidez sonriendo al comprobar que era una de sus historias favoritas de cuando era una niña.

—¿Lo conoces? —le preguntó a Kadar enseñándole el título.

—Es un clásico. —Lo tomó de sus manos con delicadeza rozándole los dedos—. Es uno de los mejores recuerdos que conservo de mi madre. Le gustaba leernos por las tardes mientras tomaba el té. Por eso papá mandó a construir esta escuela en su nombre. Para ella la educación era lo primero.

Era la primera vez que lo escuchaba hablar con sencillez, abierto, con ganas de compartir un momento íntimo. Para Amira era encantador descubrir esta faceta vulnerable del príncipe.

—Y para mí es un verdadero placer asistir a este acto conmemorativo representando a tu reino. Yo también pienso que la educación debe ser lo primero.

Kadar percibió en su tono de voz sinceridad, tocándole una fibra sensible. Por primera vez en mucho tiempo se atrevía a mencionar con comodidad a su

madre. No pudo evitar hacer las comparaciones entre su exnovia y esta mujer que lo observaba con ojos compasivos. En todo el año que mantuvo relaciones con Kelly nunca se sintió en confianza para sacar a colación su familia, para él seguía siendo un tema emotivo.

—Trabajó por años en mejorar el sistema educativo de Raballah hasta que perdió la batalla contra el cáncer.

Amira tomó su mano entre las suyas consideró oportuno confortarlo de alguna manera acortando el espacio entre los dos.

—Lo siento. No fue mi intención... debe haber sido difícil —comentó con torpeza, su semblante serio la hizo sentir fuera de lugar.

—No te preocupes, fue hace diez años de eso. —Colocó la otra mano encima de las de ella al verla dudar—. Fue muy duro para todos, especialmente para mi padre.

Un par de golpes en la ventana por parte de Uthal los sobresaltó, destruyendo la pequeña burbuja en la que se encontraban, avisándoles que era hora de cumplir con el compromiso.

—¿Lista? —le preguntó acercándose para apartarle un mechón de cabello del rostro, rozándole la mejilla.

De inmediato los pómulos de Amira se tiñeron de carmín, ese breve contacto le agradó. A quién quería engañar, ella había fantaseado con un momento como ese desde que estaba en la universidad. Kadar era su amor platónico y ahora que lo tenía frente a sus narices se daba cuenta de que además de atractivo era un hombre encantador, sensible y de mirada penetrante, aunque también podía ser arrogante y engreído. Cualidades que debía tener muy presente sino quería salir con el corazón destrozado.

Sin saber por qué el príncipe se dejó llevar por la inminente atracción que sentía por esa mujer que apenas había visto. Una que lucía completamente diferente a la que él amaba y con la que se veía obligado a compartir el resto de su vida.

Unas horas atrás cuando su padre lo retó en su despacho, quiso odiarla por haber arruinado sus planes de tener una segunda esposa. Pero cuando escuchó sus razones de justicia con respecto a ese matrimonio arreglado, se dio cuenta de que jamás lo haría. Ambos estaban en la misma situación,

empujados por sus familias a contraer una unión que estaba seguro que a ella tampoco le agradaba.

Así que sin prestar atención al segundo aviso de Uthal, se acercó aún más para pasar la punta de la nariz por su cuello. La sintió estremecerse por el contacto, se preguntó si sería de agrado o desagrado. A ese punto no quería parar, de todas maneras, la única forma de averiguarlo era ver hasta dónde le permitía llegar, porque algo estaba claro, si Amira no disfrutaba de su compañía él jamás la obligaría.

Envalentonado al ver que no se resistía aspiró lentamente el aroma que desprendía su piel, era dulce, suave y elegante, despertando su virilidad, quiso llevarse la mano de la princesa a la entrepierna para que percibiera lo que su cercanía lo hacía sentir. Ansió besarla con fuerza, necesitaba probar esa boca que no hacía más que provocarlo, pero prefirió no hacerlo todavía.

Amira se quedó sin saber qué hacer, con los labios entreabiertos, como si estuviera bajo los efectos de un hechizo. Estaban tan cerca que pudo sentir cómo la respiración del príncipe se aceleraba y, cuando sintió el roce de su nariz en el cuello, quiso soltar un gemido de placer al sentir un delicioso calor que comenzó entre sus piernas y se fue propagando por todo su cuerpo como pólvora esa era una sensación nueva para ella, una que le gustó demasiado.

Por desgracia, a lo lejos oyó el tercer llamado en la ventana, intentó controlar su corazón que latía tan fuerte que hasta pensó que se le saldría del pecho. Reunió las fuerzas necesarias para contestar antes de que se dejaran llevar por eso que todavía no sabía cómo llamarlo, pero estaba segura que no era amor.

—Será mejor que no los hagamos esperar —pronunció en voz baja alejándose para buscar el velo.

De reojo pudo ver que él también estaba tan afectado como ella, aunque tratara de disimularlo volviendo a su posición pasándose una mano por la barba.

Kadar respetó la decisión de Amira, sin comprender cómo esa mujer era capaz de llevarlo de un estado a otro con tanta facilidad. Y mientras la observaba ponerse el velo con manos nerviosas, agradeció en silencio que usaba la túnica.

—Bienvenidos. —Los recibió Anisa Zidan, la directora de la escuela, haciendo una reverencia.

Una pareja de niños acompañados de la comitiva de bienvenida se acercó para entregarle a la princesa un ramo de azahares blancos. Eran hermosos, Amira las tomó desplegando una sonrisa llena de ternura agradeciéndoles el gesto.

Esta era una de las pocas actividades que ella disfrutaba. Adoraba a los niños, su inocencia, sus intensas emociones y esa curiosidad infecciosa que la maravillaba.

Desde que se enteró de su inminente matrimonio se planteó la idea de tener una gran familia, soñaba con estar rodeada de hijos. Ella, al ser hija única, creció en compañía de adultos. Siempre rodeada de lujos y a pesar de que su padre le complacía cada uno de sus caprichos, lo único que realmente deseaba con todas las fuerzas de su corazón era una hermana con quien compartirlo todo.

—Gracias por la invitación —pronunció el príncipe estrechándole la mano a la mujer.

—Encantada de estar aquí —saludó una vez que le llegó su turno.

Al terminar los saludos protocolares con todo el personal que los esperaba con gran emoción siguieron caminando al interior de la edificación, escoltados por su personal de seguridad y sus respectivos secretarios.

Habían decorado el patio central con flores hechas por los niños en papeles de colores: verdes, naranjas, morados, amarillos, rosas. Todas eran diferentes, tanto en tamaño como en forma. Amira admiraba las instalaciones, estaba impresionada de lo bien dotada y administrada que lucía la escuela. Le emocionaba ver en los rostros de los niños una sonrisa y en el de las maestras satisfacción.

A los príncipes se les instaló en primera fila frente al pequeño escenario donde un grupo de niñas bailaron para ellos la danza tradicional de Raballah.

Cuando comenzó el sonido de la música aparecieron vistiendo sus vistosos atuendos en colores brillantes, joyas que tintineaban con cada

movimiento y suaves telas que ondeaban por el viento. El arte de su tradición emocionaba aún más a la princesa que de a poco se estaba encariñando con este nuevo reino.

—Son sensacionales —comentó conmovida.

—Sí que lo son.

Capítulo 6

Horas más tarde...

Amira se encontraba al teléfono con su madre ultimando los detalles de su llegada cuando escuchó que llamaban a la puerta.

—Nos vemos pronto, hija. Tu padre te manda saludos.

—Dígale que le mando un beso. Buenas noches, mamá. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Colocó el móvil sobre la cama y caminó a ver de quién se trataba, aunque por la hora estaba segura que era su secretaria.

—Le traigo lo que me pidió.

La voz de Sira sonaba de ultratumba, de inmediato se apartó para dejarla entrar y cerró la puerta.

—¿Encontraste información? —Se sorprendió de que lo hubiese logrado en tan poco tiempo.

—Sí, alteza. ¿Se acuerda de la mujer extranjera que vimos con el príncipe la otra noche?

—Por supuesto. ¿Averiguaste quién es? —Caminó hasta la cama y se dejó caer, estaba agotada.

—Era la novia del príncipe. Una que nunca le mencionó a su padre. Se cuenta que estuvieron saliendo un año y que la noticia del compromiso los tomó por sorpresa. Al parecer se puso tan molesta que intentó vender unas fotos personales de ellos a un periodista para arruinar el compromiso.

—¿Lo hizo? —preguntó preocupada por un escándalo.

—No, por suerte el chofer que la trasladaba esa noche al hotel la escuchó y pudo avisarles a los hombres del rey y se pudo interceptar la transacción.

Se levantó soltando un suspiro lleno de alivio.

—¿Ella sigue en la ciudad?

—No, esta misma mañana salió a Londres por orden expresa del rey.

Ahora entendía la reacción de Kadar cuando se presentó en su despacho, esa mujer fue su novia por un año. De seguro quería tenerla como una segunda esposa y por eso estalló como lo hizo.

—Muy buen trabajo, Sira.

—¿Necesita otra cosa antes de que me retire?

—Sí, comunícame con Sylvia Jones.

—Enseguida.

La muchacha tomó el móvil y se desplazó hasta dar con el nombre. Una vez que la tuvo en la línea le pasó el aparato.

—Gracias, Sira. Puedes retirarte.

—Buenas noches, su alteza.

—Buenas noches.

Esperó a que saliera de la habitación para poder hablar a solas con Sylvia, ahora más que nunca necesitaba de sus sabios consejos. Principalmente después de lo que se acababa de enterar.

—¿Te desperté? —preguntó al escuchar la voz de su amiga.

—¡Amira, querida! —exclamó emocionada—. No, ya estoy en la oficina empapándome en un nuevo caso. Pero cuéntame de tu compromiso, ayer vi la noticia en la tele.

Sylvia era su mejor amiga, se conocieron cuando la princesa vivió en los Estados Unidos, en un desayuno organizado por la universidad.

—Por eso te estoy llamando.

—¿Qué pasa, Amira? ¿No me digas que te cambiaron al novio? —bromeó para quitarle hierro al asunto, no le agradó escuchar el tono preocupado de la princesa—. Mira que ese hombre que salió besándote en la primera página de sociales del New York Times lucía muy atractivo.

—Lo es, Kadar es aún más atractivo de cómo me lo imaginaba.

—Eso es fantástico, Amira... —Soltó un suspiro—. ¿Y cómo te sentiste cuando te besó?

—Te confieso que fue inesperado, pero no puedo negar que me gustó. —Las dos rieron con picardía—. No te burles, sigo siendo una ignorante en el

amor, los hombres y el sexo.

Volvieron a reír.

—No me burlo, la verdad es que me alegro mucho por ti.

—Gracias, Sylvia.

—Entonces puedo decir que estás feliz con este compromiso.

—Lo estoy...

—¿Pero?, algo me dice que hay uno.

—No te equivocas. Me conoces demasiado bien.

—¿Entonces?

—Sabes perfectamente que nunca he tenido una relación y del único hombre con el que me he permitido fantasear ha sido con él desde que mi madre me entregó su fotografía cuando era una adolescente.

—¿Y eso qué tiene de malo? No te culpes por eso, has sido criada bajo estrictas costumbres. Tu compromiso fue pactado hace años, es normal que actúes de esa manera.

—Puede ser, Sylvia. De todas maneras, eso no quita que me haya decepcionado al enterarme que Kadar mantuvo relaciones por un año con una británica. La noticia me cayó como un balde de agua fría, hasta me he replanteado si debería seguir adelante con la boda.

—Espera un momento, Amira. Lo de que haya mantenido una relación con una mujer occidental no debería sorprenderte. Hace un momento me aseguraste que es un hombre atractivo, estoy segura que esta chica no debe ser la primera. Lo importante es que tú serás la última. Lucha por lo que quieres con garras y dientes sin poner en duda tus encantos. Eres una mujer bellísima además de inteligente.

—Gracias por los elogios, amiga, pero no te voy a negar que todos estos años albergué la idea de que mi compromiso con Kadar sería como el de un cuento de hadas. Por eso no sé si pueda hacer lo que me dices. No estoy dispuesta a mendigar amor y mucho menos a atarme a un hombre que no me ame, no podría resistirlo. Además, el hecho de que el rey haya adelantado la boda lo arruina todo para mí. Guardaba la esperanza de llegar hasta su corazón en los meses que usualmente se usan para los preparativos.

—¿Adelantaron la boda? En el reportaje se anunció para dentro de tres

meses.

—Así era hasta hace unas horas. La primicia saldrá mañana por todos los medios sociales. El rey la adelantó para dentro de tres días.

—¡Tres días! —exclamó sin dar crédito—. Entonces no podré asistir, esta semana la tengo ocupada con un caso nuevo. —Sylvia era abogada.

—No te preocupes —comentó desanimada.

—¿Qué vas a hacer, Amira? ¿Seguirás adelante con la boda?

—No lo sé, no lo sé —respondió alargando las palabras, pensativa.

—Piensa lo que te dije y lucha por lo que quieres. —Al escuchar silencio del otro lado de la línea continuó—. Hagamos algo, te prometo que en cuanto me desocupe de este caso iré a visitarte.

Se despidieron con la promesa de verse pronto. Colocó el teléfono sobre la cama, cansada de pensar en esa situación. ¿Debería seguir los consejos de Sylvia y demostrarle al príncipe que ella era todo lo que él necesitaba para ser feliz? O, tal vez, debería cancelar todo y marcharse a su reino; porque de los dos, ella era la única que tenía el poder de acabar con esa «alianza».

Capítulo 7

En el ala norte de Palacio...

—Su alteza, he encontrado una línea segura para que se comunique con Londres, como me lo pidió.

Le informó Uthal al cerrar tras de sí, colocando el móvil junto a la botella de licor que se encontraba abierta sobre la mesa en la habitación del príncipe.

Kadar le había ordenado que le encontrara un teléfono que los hombres de su padre no pudieran interceptar en cuanto llegaron del compromiso en la escuela. Llevaba un buen rato reflexionando sobre su futuro mientras se tomaba una copa de coñac. Esa tarde pudo llegar a ver otra cara de la princesa, le agradó su receptividad y sentimentalismo, incluso hasta parecía que entendía las necesidades de su pueblo.

—¡Ya era hora! —exclamó al verlo satisfecho—. ¿Pudiste comunicarte con ella?

—Imposible, su alteza. La señorita, Kelly Reeds, no contesta las llamadas. —El secretario hizo una pausa para aclararse la garganta y agregó—. Su alteza, con todo respeto, debería olvidarse de ella. No le conviene.

—No te he pedido tu opinión, Uthal. Así que resérvate ese tipo de comentarios.

—Lo hago por su bien, su alteza. Si su padre descubre que tiene ese móvil, se meterá en serios problemas —comentó el hombre con nerviosismo.

—¿Y crees que ya no estoy metido en uno bien grande? —le objetó con una pregunta cruzándose de brazos.

—Su alteza —dijo Uthal acercándose—, si me permite hacerle otra sugerencia...

—Si la sugerencia tiene que ver con que desista de la idea de comunicarme con Kelly, ahórratela. —Lo interrumpió fastidiado.

—Comprendo que este compromiso lo haya tomado por sorpresa.

El príncipe sintió cómo cada músculo de su cuerpo se ponía tenso.

—Eso es algo de lo que no deseo hablar.

—Desde luego, su alteza, pero considero necesario que sepa que su padre se encuentra delicado de salud. El rey necesita prepararlo para su turno al trono. Además, no se olvide que los ciudadanos de Khaybazha no tolerarán a una extranjera como su reina.

Las palabras de Uthal resonaron en su cabeza:

«*Su padre estaba delicado de salud*».

«*Prepararlo para su turno al trono*».

«*No tolerarían a una extranjera como su reina*».

Contrariado se acercó a la mesa para rellenar la copa, posando sus ojos en el móvil, consciente de que no tenía salida. Era cierto, su padre llevaba años sufriendo problemas respiratorios, ¿cómo pudo olvidarlo? Jamás se perdonaría si algo le llegara a pasar por el simple hecho de llevarle la contraria. Como tampoco tenía caso luchar contra el futuro que se había dispuesto para él y el reino. Sin embargo, algo en su interior le impedía aceptar esa responsabilidad con agrado y resignación.

—¡Déjame solo y desaparécete de mi vista antes de que me arrepienta! —ordenó determinado, dispuesto a sacrificarse por su nación. Necesitaba olvidarse de una vez por todas de Kelly.

—Así lo haré, su alteza. —Lo tomó aliviado de haberlo hecho entrar en razón y salió de la habitación con paso apresurado.

Kadar se tomó la bebida de un solo trago sintiendo el calor del licor quemarle la garganta. Repitió el procedimiento dos veces más y se acordó del conjunto de joyería que había tomado esa mañana del cuarto de su madre. Con nostalgia la sacó de una de las gavetas del closet pensando en llevárselo a Amira. Debía pasar página, seguir adelante con su vida, de nada le servía empecinarse en una mujer que no podía ser.

Dudó al ver que eran pasadas las once de la noche, a esa hora el personal estaba descansando y, bajo las estrictas costumbres de su reino, él no debía visitarla, mucho menos solo. No obstante, envalentonado por los efectos del alcohol al recordar la agradable fragancia que desprendía su delicado cuello

cuando la olió dentro del coche, lo hizo encaminarse incitado por la erección que le provocó ese inocente momento hasta el ala destinada a la princesa y su comitiva.

Tocó la puerta dos veces, cuando esta se abrió, sintió el calor de unas manos que lo halaron con fuerza hasta el interior de la habitación.

—¿Qué haces aquí? ¿Estás loco? Si te descubren nos meteríamos en grandes problemas.

Le recriminó la princesa con un hilo de voz al cerrar la puerta tras él, preocupada de que alguien los oyera.

—¿Acaso esperabas a alguien más? —inquirió alzando una ceja con perspicacia, barriendo la estancia.

Se sostuvieron la mirada por una fracción de segundo, luego bajó los ojos sorprendido al descubrir que ella solo llevaba un ligero camisón de seda negra. Uno tan sexy y sugestivo que no dejaba mucho a la imaginación.

—No digas tonterías —contestó incómoda al sentirse devorada por los ojos de ese hombre.

—No son tonterías, Amira. Tengo derecho a preguntar, oficialmente soy tu prometido. —Se adentró aún más para observarla desde otro ángulo, repasando cada centímetro de su cuerpo—. ¿Tienes frío? —Le preguntó esbozando una media sonrisa al ver sus pezones endurecidos.

—Todavía no me has dicho para qué has venido, Kadar. —Ignoró su pregunta con las mejillas ruborizadas—. Es la segunda vez en un mismo día que te presentas sin ser anunciado. Espero que no se te haga una costumbre. Te recuerdo que me gusta ser notificada de cada una de tus visitas.

Kadar soltó una carcajada, su actitud molesta, la hacía ver aún más hermosa.

—He venido a traerte un obsequio —comentó omitiendo su queja, caminando hacia ella.

—¿No podías esperar a que amaneciera? Estas no son horas de visitar.

—Lo sé —dijo posando un dedo sobre sus labios para silenciarla.

Abrió el estuche dejando a la vista el exquisito conjunto de collar, pendientes y pulseras de rubíes.

Los ojos de Amira se ampliaron y sin poder evitarlo pasó los dedos por

las hermosas piedras que brillaban bajo la luz de la lámpara.

—Son hermosas, Kadar, pero no puedo aceptarlas —pronunció con orgullo.

De seguro uno de sus hombres le comentó que ya estaba al corriente de la identidad de su exnovia. Esto no era más que una cortina de humo para distraerla de su verdadera preocupación: la rubia vengativa.

—No puedes negarte, es mi regalo de compromiso. Deseo que las uses el día de la ceremonia, además, eran de mi madre.

Los ojos de Kadar se posaron en aquellos pechos que sobresalían gloriosos del camisón que, bajo la luz, deseó tocar, hasta incluso llevárselos a la boca para saborearlos.

—En ese caso... —comentó nerviosa al ver cómo se encendían los ojos del príncipe de deseo, provocándole unas ganas enormes de complacerlo—. Las acepto... Gracias.

Kadar se acercó un poco más y bajó la cabeza para oler su cabello.

—Se te verán preciosas, Amira —susurró en su oído—. Estoy seguro que estás al tanto de lo hermosa que eres. ¿O me equivoco?

A Kadar le brotaron las palabras de la boca sin importarles lo que ella pudiera pensar, arrinconándola contra la pared, apoyando las manos a cada lado de su cuello sin tocarla, observando con satisfacción la manera en que sus senos subían y bajaban.

La princesa cerró los ojos, molesta por sentir su cuerpo completamente estremecido ante su cercanía. Entonces él, sin pensarlo, la sujetó por el cuello y la besó en la boca como si fuera a devorarla. Lujurioso, intenso, anhelante y absolutamente incorrecto. Para Kadar esa mujer era deliciosa e inocente, algo que lo incitaba aún más.

Amira se entregó sin reservas a aquel beso apasionado, abrió la boca para dejar entrar a esa lengua que le reclamaba con exigencia. Estaba asustada, pero también excitada. El calor que se produjo en su pelvis y que se expandió por todo su cuerpo la hizo dejar de contenerse, de pensar en las tradiciones, incluso, en todo aquello que la atormentaba y no la dejaba dormir. Él, definitivamente, era peligroso para su corazón.

—¿Con quién crees que estás tratando, Kadar? —Se apartó de él con

ímpetu al recordar las palabras de Sira: «*Se cuenta que estuvieron saliendo un año y que la noticia del compromiso los tomó por sorpresa*». Le propinó un fuerte bofetón, dejándolo aturdido—. No te confundas conmigo. No soy como esas mujeres occidentales con las que estás acostumbrado a tratar —masculló entre dientes con la respiración acelerada llevándose una mano a los labios que todavía sentían el calor del beso.

—No lo hago... —intentó responder tocándose la mejilla sin comprender su reacción.

—No quiero escuchar una palabra más. —Se movió hasta la puerta y exclamó con fuerza, pero sin levantar la voz—. Vete, Kadar. ¡Fuera de mi habitación!

Capítulo 8

Amira amaneció con los sentimientos encontrados, casi no pudo dormir al recrear una y mil veces el beso de Kadar. Aún a esa hora del día podía sentir el calor de sus manos en el cuello y su boca sobre la suya reclamándole rendición con esa lengua traviesa y exigente.

Sin poder evitarlo volvió a temblar de deseo. Se conocía y sabía que una parte de ella comenzaba a derretirse por él. Por otro lado, su parte lógica le decía que se anduviera con cuidado, recordándole el hecho de que la británica fue su novia por un año, tiempo suficiente para adueñarse de su corazón.

Desesperada por encontrar una solución a su dilema tomó la decisión de hablar con el rey. No iba a permitir que la obligaran a unir su vida con la de un hombre que amara a otra mujer.

En cuanto Sira llegó, Amira le pidió que hablara con Dabir para que le solicitara una audiencia lo antes posible.

—De inmediato, alteza. —Hizo una leve reverencia y antes de abandonar la habitación le informó—. Cuando guste puede ir a desayunar.

No probó bocado, prefirió tranquilizar su ansiedad bebiendo té. Para su suerte, Sira llegó al poco rato con la buena noticia de que el jeque la podía recibir de inmediato.

A pesar de que el rey no se encontraba bien de salud, provocado por complicaciones respiratorias, accedió a conversar con la princesa porque sus consejeros le habían informado que la joven estaba al tanto de los asuntos de Kadar.

—La princesa ha enviado varias veces a su criada en busca de información sobre el príncipe heredero —añadió Dabir.

—No se mueve una hoja en palacio sin mi conocimiento —proclamó el jeque, segundos antes de que su secretario permitiera el ingreso de Amira a su habitación.

La joven entró y miró extrañada el lugar. No era costumbre recibir visita en el dormitorio del jeque.

—Buenos días, alteza —saludó con una reverencia, acompañada dos pasos detrás de ella por Sira.

Dabir se interpuso entre el rey y las mujeres.

—Princesa Amira, disculpe que su alteza la reciba en sus aposentos, pero hoy amaneció delicado de salud y el médico de palacio ha recomendado guardar reposo mientras sus pulmones se recuperan.

—No, por favor. Nada que disculpar. Todo lo contrario, siento mucho importunarlo. Desconocía su estado de salud, alteza. —por un momento sintió que moría de la vergüenza.

Dabir se apartó y la invitó a sentarse sobre un sillón bajo forrado en pieles que se encontraba al lado de la cama. Mientras que la muchacha y él se ubicaron al final de la habitación.

—Acércate, Amira. —Levantó el brazo y la animó a aproximarse un poco más—. ¿Qué necesitabas hablar conmigo?

Las palabras se le atragantaron en la garganta, la disposición y bravuconería con la que contaba minutos atrás se habían esfumado por completo al ver cómo al rey le costaba respirar. Sin embargo, acercó un poco la silla y habló:

—El príncipe Kadar me ha informado que la boda fue adelantada.

—Y es muy pronto para ti, ¿es eso, Amira? ¿Te preocupan los preparativos de la boda? —indagó el hombre que como lobo viejo y sabio lanzó la red para descubrir la verdad.

—En parte, pero eso no es todo.

—Entonces, cuéntame. ¿Cuál es tu verdadera preocupación?

Se encontró entre la espada y la pared, su mente le gritaba que fuera sincera y soltara todo lo que llevaba por dentro; pero su corazón le aconsejaba que no lo alterara viéndolo tan frágil de salud. De todas maneras, ya estaba allí, no tenía caso echarse para atrás.

—Me he enterado de la relación que el príncipe mantuvo con la joven británica, esa mujer que estuvo en palacio la noche que se anunció nuestro compromiso, la misma que intentó manchar el nombre de su familia al pretender negociar unas fotografías. —Se aclaró la garganta y continuó más confiada, necesitaba que el rey se diera cuenta de quién era ella y no la tomaran por ingenua—. Como también que la noticia del compromiso y la boda ha tomado a su hijo por sorpresa. Lo siento, alteza, pero no deseo ser el plato de segunda mesa. Tiene que entender que no he sido criada para obtener menos de lo que merezco.

El jeque la escuchó impresionado por la valentía con que la muchacha se expresaba, al punto que le recordó a su difunta esposa. Estaba convencido de que ella sería una excelente reina para su pueblo. Entonces aprovechó cuando bajó la mirada hacia sus manos para echar un rápido vistazo a Dabir, quien asintió. Eso fue suficiente para confirmar la información que manejaban y, por nada del mundo, él permitiría que los planes que se habían trazado para salvar al reino se destruyeran por un capricho de su hijo.

Manejaría los hilos como siempre.

Se irguió un poco y enseguida Amira lo ayudó a poner un cojín detrás de

su espalda como respaldo.

—Hagamos algo, Amira.

Ella asintió entrelazando los dedos de las manos.

—No habrá un tiempo establecido —anunció y al verla abrir los ojos sorprendida, continuó—. Deseo que esta unión entre ustedes sea sólida y duradera, así que te invito a conocer junto a Kadar el reino de Khaybazha, su desierto, sus oasis y su pueblo, que también será tu tuyo, si así lo dispones.

Amira no se había preparado para escuchar todo aquello, incluso esa misma mañana llegó a pensar en cancelar la boda y regresar a su país. Algo definitivamente no andaba bien, pensó consternada al escucharlo concederle todo el tiempo que ella necesitara para tomar la decisión de seguir adelante con la boda y lo de organizar un paseo junto a Kadar era aún más preocupante. Su padre jamás consentiría algo igual. Las costumbres debían respetarse a toda costa.

—Pero, su alteza, usted sabe mejor que nadie que un paseo junto a su hijo antes de la boda infringiría las costumbres de mi reino. Mi padre nunca lo aceptará.

—Amira, solo te pido que le des a mi hijo una oportunidad y si después del viaje decides repudiarlo, lo aceptaré —demandó con la voz entrecortada por la falta de oxígeno mirándola fijamente a los ojos—. Y de tu padre no te preocupes, déjalo en mis manos. De todas maneras, ustedes no irán solos. Un equipo de seguridad los escoltará todo el tiempo. Siempre estarán rodeados de criados.

Dabir caminó hasta el borde de la cama donde fue detenido por el rey con una negación de cabeza. El secretario regresó sobre sus pasos dándole tiempo a la princesa de tomar una decisión.

—Está bien, acepto su oferta, su alteza.

—¡Amira! Recuerda y ten presente que si te casas con Kadar no serás solo una princesa, sino la única reina de Khaybazha.

Esas fueron las últimas palabras que pronunció el jeque antes de que ella abandonara el lugar.

Capítulo 9

Kadar conversaba con sus hermanos cuando Uthal le informó que el rey solicitaba su presencia. Llevaba horas enfrascado en una discusión con Nasim, quien se rehusaba irse a Londres. Vivir en un internado no era más que una pesadilla para el joven príncipe.

—¿Sabes qué desea mi padre? —le preguntó a su secretario, mientras caminaban por el amplio corredor.

—No, alteza. Dabir no me dio ninguna información.

En cuanto ingresaron a la habitación, el jeque solicitó conversar a solas con su hijo.

—¿Cómo sigues, padre? ¿Te sientes mejor hoy?

—No tanto como quisiera.

—¿Qué te ha dicho el médico?

—El pulmón derecho es el que está más comprometido, pero con el tratamiento espero que todo mejore.

—Y debes guardar reposo, así podrás recuperarte pronto.

—Eso haré, no te preocupes —comentó el rey—. Kadar, necesitamos hablar sobre Amira.

—¿Sobre Amira? ¿Qué pasa con ella?

—Conoce tu relación con la extranjera —informó y se cruzó de brazos—. Y todo eso la ha hecho cuestionarse sobre su matrimonio contigo.

—¿Qué? ¿Dudar? No comprendo —preguntó exaltado y comenzó a caminar de un lado a otro—. ¿Piensa cancelar la boda? —Se detuvo incrédulo.

—He logrado convencerla de que nos dé una oportunidad, donde tú, querido hijo, conseguirás enamorarla no solo de nuestras costumbres y tradiciones, sino de ti.

—¿Qué le has dicho con exactitud?

Le relató a su hijo todo lo que había conversado con la princesa, ahora debía explicarle cuán importante era que él cumpliera con aquella misión.

—En los últimos años la economía del país ha desmejorado considerablemente, nuestros productos han tenido baja demanda dejándonos con poca fluidez y muchas deudas. Es por eso que tu matrimonio con ella será un beneficio enorme para nuestro reino.

—¿Beneficio en qué sentido?

—El rey Mohamed Bin Bakri posee uno de los más grandes pozos petroleros, lo que le genera incalculables ingresos no solo por el petróleo sino por los productos derivados del crudo. Con la unión de nuestros reinos, siendo Amira su única hija, pasaríamos de ser un país vecino a convertirnos en un poderoso reino. ¿Comprendes lo que está en juego, Kadar? —le preguntó mirándolo a los ojos.

El príncipe se quedó pensativo, le quedaba claro que las cosas no andaban bien en palacio y que en sus hombros recaía el futuro de su país.

—Sí, padre —respondió resignado.

—Muy bien, entonces arreglaré todos los detalles para que el viaje sea perfecto, pero recuerda, serás tú el único que tiene el poder de lograr que Amira regrese tan enamorada de ti, que desee continuar con la boda. Ten presente que serás el próximo rey de Khaybazha y, como tal, debes cumplir con esta misión.

—Lo haré, padre. Cumpliré con mi deber hacia ti y hacia el reino —pronunció con seriedad mientras le hacía señas a Uthal para que lo siguiera.

—Confío en ti y en tu absoluta disposición. ¡No regreses sin conseguirlo! —sentenció el jeque ocultando su preocupación.

Capítulo 10

Casa Real

El rey se había tomado dos semanas en organizar la logística de la visita de los príncipes al desierto. Arregló que se hospedaran en un campamento no muy lejos del centro turístico más grande de *Khaybazha*, que contaba con su propio oasis y en donde solo estarían atendidos por una familia que se encargaba de mantener el lugar en óptimas condiciones. Allí tendrían la privacidad necesaria para conocerse. Aunque tenía sus reservas, confiaba en su hijo, tanto así que los preparativos de la boda no se llegarían a cancelar por ningún motivo. Hasta le habló a Mohamed Bin Bakri, el padre de Amira, asegurándole que todo seguía como se había pactado en un principio, como también que lo del adelanto de la ceremonia fue un mal entendido.

Lo que no le mencionó y decidió reservarse fue el pequeño paseo que los muchachos harían. Estaba seguro de que el padre de la princesa nunca lo aprobaría y a este punto de su desespero no estaba dispuesto a arriesgar la misión que le impuso a su hijo.

Amira, por su parte, se mantuvo ocupada atendiendo unas visitas fuera de palacio y por las noches se retiraba temprano a su habitación, colocaba música y se entregaba a bailar la danza del vientre. Un arte que practicaba desde que era una niña y que le servía como terapia relajante.

—Su alteza, el príncipe Kadar la espera.

Informó Uthal desde el otro lado de la puerta del dormitorio.

Sira, que se encontraba de pie a un lado del equipaje, recibió la orden de abrir para dejarla salir.

—Muy bien. Estoy lista. Podemos irnos.

—Entonces síganme, por favor.

Las invitó, se giró y comenzó a caminar delante de las mujeres.

—¿Empacaste lo que te pedí, Sira?

Inquirió en su afán de no olvidar nada, mientras se colocaba el velo antes de atravesar las pesadas puertas. Había decidido vestirse con una túnica tradicional en color negro, dejando solo su rostro al descubierto.

—Sí, su alteza —contestó con discreción—. Se lo guardé como de costumbre, incluso metí en unos de los bolsillos laterales los accesorios a juego.

—Perfecto.

Terminó de ajustarse el pañuelo con destreza, estaba ansiosa, se había pasado toda la noche dando vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño, el tan solo imaginarse que pasaría los siguientes días acompañada de Kadar la ponía de los nervios, no podía evitarlo.

Por su parte, Kadar, salió de viaje esas semanas representando al rey — que seguía mal de salud—, en una junta de países del Medio Oriente. Se pasaba casi todo el día reunido con distintos mandatarios, dándose cuenta que su reino estaba en una posición de desventaja frente a los otros. Económicamente estaban mal, su padre tenía razón, la alianza entre las dos naciones era necesaria, además de ser la única alternativa que tenían para salir adelante.

Por las noches, antes de dormirse, pensaba en la mejor manera de no fracasar en la misión que se le había encomendado. Se levantaba de la cama sintiéndose anhelante, ese viaje era una prueba de fuego que debía pasar. Sin embargo, estaba incómodo, visitar el duro desierto de *Khaybazha* no era algo que le agradara hacer. No obstante, la responsabilidad de su pueblo recaía sobre sus hombros, no podía darse el lujo de fallar.

—Buenos días, princesa —la saludó Kadar en cuanto la vio salir.

—Buen día —respondió esbozando una media sonrisa colocándose los lentes de sol—. Hace un día hermoso, ¿no te parece?

Se detuvo frente al príncipe seguida de Sira.

—Concuerdo contigo —respondió Kadar apreciando su túnica, aunque le hubiera gustado verla con menos tela—. ¿Estás lista para conocer el desierto de *Khaybazha*?

—Sí, lo estoy.

Afirmó al verlo dibujar un atisbo de lo que pudo ser una sonrisa sino hubiese sido interrumpido por su secretario.

—Su alteza, contamos con tres Jeep 4x4. En uno irán los príncipes, en el segundo el equipaje y las provisiones y en el tercero el equipo de seguridad —informó al detenerse junto al chofer que los esperaba con las puertas abiertas.

—No necesitaremos al chofer, Uthal. Hazte cargo de que el todoterreno que transportará el equipaje y las provisiones llegue a tiempo, que yo me encargaré de la princesa —dispuso Kadar con autoridad—. Y ustedes, tanto tú como la secretaria de la princesa tampoco nos acompañarán.

—Pero... Su alteza...

Lo observó con asombro, mientras que Sira se acercaba a la princesa para asegurarse que estaba de acuerdo con esa decisión.

Amira le hizo una señal para tranquilizarla, aunque se sentía rara por este cambio de planes tan inesperado —el viajar sin su mano derecha—, había algo detrás de esa petición que la emocionaba más de lo que ya estaba. Tal vez se debía porque al fin tendría la oportunidad de conocerlo sin sentirse observada todo el tiempo.

—Es una orden, Uthal —lo detuvo con determinación sin ganas de discutir.

—Lo que usted diga, alteza.

Ambos secretarios intercambiaron miradas y se quedaron pasmados al verlos caminar juntos hasta la puerta del acompañante.

—No quise decir nada frente a ellos, pero, ¿estás seguro de que no necesitaremos de un chofer, de nuestros secretarios y, lo más importante, de que puedes conducir por el desierto? No quiero que mi vida corra peligro —dijo Amira, al verlo sentarse frente al volante.

—Estaremos bien. Confía en mí. Ponte el cinturón. Debemos llegar al campamento antes de que se oculte el sol —decretó, ajustándose las gafas

oscuras y un segundo más tarde, al verla abrochárselo, arrancó el motor.

Ambos estaban vestidos con ropas típicas, si deseaban pasar desapercibidos debían lucir como el resto de los nativos para no llamar la atención.

—No has contestado mi pregunta, Kadar. —Se giró para encararlo apreciando lo apuesto que lucía esa mañana sin poder apartar los ojos de sus manos que se aferraban al volante.

—Si te refieres a lo de conducir, sé hacerlo, aunque tengo años que no visito el desierto, me sé defender. No tienes nada de qué preocuparte.

Amiraladeó la cabeza y entrecerró los ojos.

—Eso quiere decir que no nos perderemos, ¿cierto? —contestó en tono sarcástico buscándole la lengua.

—Sé ubicarme así el viento cubra por completo la carretera con la arena.

—¿Y cómo lo harías?

Kadar intercambió la mirada entre el rostro de Amira y la carretera frente a él.

—Usando los métodos tradicionales, la posición del sol, la dirección en que sopla el viento, incluso contamos con un teléfono satelital, si eso te deja más tranquila —dijo sin darle mucha importancia.

Suspiró y se quedó viendo el paisaje a través de la ventana. Ella estaba acostumbrada a ese tipo de actividades, por años acompañó a su padre en sus viajes por el retirado desierto de su reino. Le resultaba diferente y modesta la vida de las tribus que vivían en esas zonas.

—¿Falta mucho para llegar? —preguntó acomodándose en el asiento.

—Ponte cómoda, estamos a tres horas de camino —dijo disminuyendo la velocidad.

—Son impresionantes —comentó distraída al ver acercarse una caravana de camellos.

—¿Te gustan los camellos? —Se detuvo para dejarlos pasar frente a ellos.

—¿Te sorprende que me parezcan impresionantes?

Kadar aprovechó que tenía el auto detenido para responderle mirándola directo a los ojos. Unos ojos que a él le parecían exóticos y muy llamativos.

—No, pero me asombra —dijo incrédulo—. Eres la primera mujer que conozco que hace un comentario semejante.

A la princesa le pareció graciosa la acotación. Embelesada se quedó mirándolo, la calidez que reflejaban sus ojos era suficiente para derretirla y que se animara a contar algo de ella.

—Tal vez se deba a que crecí rodeada de ellos —dijo con nostalgia—. He visitado el desierto de mi país muchas veces. Siempre me gustó sentir el calor sobre mi piel cuando nos sentábamos en lo alto de una duna.

A pesar de que había vivido la mayor parte de su vida bajo el lujo y las atenciones en el palacio del reino de su padre, se consideraba una mujer sencilla todavía disfrutaba beber un vaso de leche de camello, comer dátiles y masticar un pedazo de pan mientras hacía los deberes.

Kadar la miró brevemente y esbozó una leve sonrisa.

—Entonces tenemos algo en común, Amira. Me encargaré personalmente de que podamos dar un paseo en ellos.

La promesa de sus palabras la emocionaron. Se sintió conectada con él y no pudo dejar de observarlo. Kadar le resultaba muy apuesto, el hombre más masculino que ella hubiera conocido antes...

—Deja de mirarme de esa manera, ¿acaso has recordado el beso que nos dimos en tu habitación? —Kadar no pudo evitar sonreír con picardía—. Pensar en sexo es perfectamente normal y en nuestro caso es hasta aconsejable. ¿No estás de acuerdo?

Avergonzada al ser descubierta, se ruborizó y apartó la mirada.

—¡No, no lo estoy! Además, no te estaba mirando y mucho menos pensando en sexo —dijo calmando sus repentinas ganas de sentir las manos de él acariciarle el cuerpo entero, sintiéndose invadida por la pasión.

—Justo por eso no deseaba la compañía del chofer. —Amira frunció el ceño sin comprender—. Tenemos una conversación pendiente.

—¿Pendiente? —Negó con la cabeza antes de agregar—. Sinceramente no tengo idea a qué te refieres.

—Por tu reacción me queda claro que sabes de lo que hablo —dijo Kadar incorporándose en la carretera principal mirándola de reojo—. No tienes de qué avergonzarte, no hicimos nada malo, recuerda que estamos comprometidos

y vamos a casarnos muy pronto. ¿O es que no te gustó?, porque si ese fue el motivo por el que me abofeteaste y echaste de tu cuarto puedes decírmelo sin problema. Te prometo que no volveré a tocarte a menos que tú me lo pidas.

—Kadar...

Amira no podía dar crédito a lo que acababa de escuchar, quería decirle tantas cosas, que no solo le había gustado su beso, sino que también lo había disfrutado y recordado esa noche y todas las que le han seguido, pero no pudo, las palabras se le quedaron atoradas en la garganta. Repentinamente se sintió vulnerable.

—Amira, no has contestado a mi pregunta —dijo él usando sus mismas palabras—. Estamos solos —le recordó usando un tono de voz suave—, puedes hablarme con confianza.

—Sé que no hicimos nada de lo que tengamos que arrepentirnos.

—Entonces no te gustó —puntualizó sintiendo cómo su orgullo se desinflaba.

—¡Sí, sí me gustó! —contestó exasperada—. Lo que no me gustó fue enterarme que invitaste a tu novia extranjera a nuestra fiesta de compromiso.

Kadar no supo cómo responder a su afirmación, estaba claro que su vanidad era aún más grande que su belleza. Ya tendría tiempo para aclararle la situación con Kelly.

—Espero no decepcionarte por no haberme guardado casto y virgen para ti. —Levantó una ceja y apretó los labios—. Debes comprender que ante todo soy un hombre y que, como tal, tengo mis necesidades sexuales.

Respondió con sarcasmo encendiendo la música. No esperaba una respuesta de su parte, solo quería que se diera cuenta de lo absurda de su reacción. Estaba claro que ahora la única mujer que estaba a su lado era ella, así que no tenía nada de qué temer.

La princesa decidió no comentar nada más, enfrascarse en un tema como ese no los llevaría a ninguna parte. Apoyó la cabeza en el cabecero de la butaca y cerró los ojos. Ella nunca había tenido ese tipo de conversación con nadie. Nunca.

Capítulo 11

Desierto de Bazha

Kadar hizo una parada en el centro turístico más grande y lujoso del desierto de *Bazha*, quería que conociera sus instalaciones y compartiera un poco con su gente. Además, el sol iniciaba su ocaso, bañando las dunas de un intenso color rojizo y proyectando sombras entre los montículos de arena.

La temperatura comenzaba a bajar, refrescando el aire, no era prudente seguir conduciendo en la oscuridad que se avecinaba. Estacionó el todoterreno a pocos metros de la entrada del campamento y la ayudó a descender del Jeep.

Minutos después fueron escoltados por el equipo de seguridad hasta el interior de la *jaima*^[iii] principal, donde los recibió el jefe del campamento, Husain. Un hombre de avanzada edad con los ojos tan oscuros como el fondo de un pozo.

Kadar les ordenó a sus hombres que salieran de la tienda y aprovecharan la noche para descansar. Luego conversó con Husain y le pidió ser tratado como uno más, sin protocolos ni actos de bienvenida. No quería llamar la atención, después de todo ambos viajaban de incógnito. El rey le insistió en que nadie debía enterarse de ese viaje, en particular el padre de la princesa.

Amira caminó junto a Kadar, observando maravillada las instalaciones. En el centro del campamento se ubicaba una gran fogata rodeada de carpas alineadas a lo largo del camino y alumbradas con antorchas y lámparas de aceite.

Sin querer, comenzó a comparar aquel lugar con su hogar, en el reino de Mahram, pensando en que aunque su padre era un hombre muy inteligente a la

hora de negociar, le faltaba invertir en un sitio turístico tan fascinante y mágico como lo era ese.

A unos metros distinguió a un grupo de turistas debajo de una tienda abierta rodeada de mujeres del poblado que se esmeraban en la decoración de sus manos con henna. De pronto, le llegó un olor que le encantó, un incensario con mirra y jazmín perfumaban el lugar, volviendo la experiencia mucho más encantadora.

Una vez que terminaron el recorrido, Kadar la invitó a sentarse junto al fuego sobre cojines cubiertos por piel de oveja y, de inmediato, ordenó traer agua fresca, dátiles, yogurt y té.

Compartieron los alimentos enfrascados en una conversación banal acerca del clima bajo el cielo abierto y rodeados de todo tipo de gente, visitantes en su gran mayoría.

Al poco rato unos jóvenes se apoderaron de las *Darbuka*, un tambor cubierto de piel de oveja y con forma de copa.

—¿Qué te parece? —indagó Kadar al verla sonreír aplaudiendo como lo hacía el resto de las personas al ritmo del instrumento.

—Esto es maravilloso, ofrecen un poco de todo para dar a conocer su cultura. —comentó con alegría.

—El centro turístico organiza estos pequeños actos de música y baile para animar a los excursionistas —agregó con orgullo, omitiendo que era uno de los pocos recursos que les seguía dando ganancias a pesar de la mala situación en la que se encontraban.

—¿Siempre vienes aquí? —preguntó Amira antes de darle un sorbo al té.

—Cuando mi madre aún vivía lo hacíamos a menudo, veníamos todos los años. Era una tradición. Después de su muerte muchas cosas cambiaron. —Se detuvo para no decirle que su padre se había deprimido mucho y que prácticamente los envió a él y a sus dos hermanos gemelos a vivir fuera de palacio—. Háblame de ti, Amira.

—¿De mí? —Se sorprendió por el repentino cambio de tema.

—Sí, me gustaría conocer un poco más a la mujer con quien voy a casarme. No es un delito. ¿Cierto?

Amira bajó la guardia y sonrió ante su comentario y aunque esa conversación debió haber ocurrido la noche de su compromiso, consideró que aún no era tarde para tenerla. Él tenía razón, era justo que se conocieran.

—No hay mucho que contar, crecí bajo el cuidado de mis padres y tuve la suerte de ir a estudiar a los Estados Unidos la carrera de Ciencias Políticas. —Kadar la miró con interés, le agradaba conocer esa parte de su vida, siempre se había sentido atraído por mujeres inteligentes—. No creas que fue sencillo convencer a papá de que me dejara ir. Gracias a mamá pude hacerlo. Ahora me encargo de varios asuntos de Estado. Relaciones Públicas y la educación son mi pasión.

—Me alegra que tu padre sea un hombre moderno...

—No lo es. —Lo interrumpió con los ojos muy abiertos—. Mi padre es el hombre más chapado a la antigua que conozco. —Kadar soltó una carcajada—. El mérito se lo lleva mi madre, ella es la que siempre me ha apoyado.

—Entonces eres una chica con suerte. Debes tener una relación muy estrecha con ella.

Amira volteó la cara posando sus ojos en el fuego sintiendo repentinamente una extraña nostalgia.

—La tengo. He crecido muy apegada a ella. —Se sintió mal por él de repente, entonces cambió de tema—. ¿Estudiaste en Londres?

—Así es, me gradué en finanzas.

—¿Fue en la universidad donde conociste a la chica con la que te vi discutiendo?

—No, a ella la conocí en una fiesta —puntualizó Kadar y, cuando ella giró la cara, contempló sus ojos—. Considero oportuno que aclaremos este tema.

Amira se quedó pensando sin responder.

A Kadar su silencio no lo intimidó ni un poco, si quería que su compromiso continuara con buen pie, debía explicarle todo lo relacionado con su exnovia.

—Hablemos de la relación que tuve con Kelly Reed y la nombro porque sé que manejas algo de información. ¿Cierto?

—Solo lo que se murmura en palacio. —Lo enfrentó decidida a saber la

verdad—. ¿La amas?

—Ya no.

—¿Por qué? ¿Qué ha cambiado? —preguntó inquieta y añadió—. Las personas no se enamoran y luego borran ese sentimiento de un día para otro.

—No creo que sea de un día para otro, supongo que el tiempo va pasando y dejándote ver realidades que desconocías o que quizá no querías ver a causa de algo que los occidentales llaman: enamoramiento. —Hizo una pausa para tomar una bocanada de aire, en sus ojos podía apreciar su curiosidad—. Al volver a palacio cambió todo, de pronto entraste tú a nuestras vidas y ella no reaccionó de la mejor manera. Actuó sin pensar ni escuchar razones, dejándose llevar por su orgullo herido al pensar que la había humillado en público. Kelly me decepcionó, créeme, Amira, esa mujer ya no existe para mí.

La princesa levantó la mirada hacia el cielo y contempló las estrellas que brillaban en el manto negro. Guardó silencio, analizando cada palabra. Y Kadar aprovechó para cuestionar su comportamiento.

—¿Por qué para ti el amor es tan importante, Amira? —indagó obstinado en su afán desmesurado por saber todo lo referente a su pasado—. Si en nuestra cultura los sentimientos se construyen después del matrimonio.

Ella lo miró fijamente a los ojos y luego a su boca.

—No lo sé, creo que soy una mujer curiosa.

—Mi relación con Kelly jamás iba a cambiar el acuerdo entre nuestros reinos —reiteró con autoridad.

A Amira le incomodó su arrogancia.

—¿Por qué decidiste hablar conmigo de ella? —Cruzó los brazos sobre sus pechos buscando calor, la brisa de la noche comenzaba a enfriar el ambiente—. ¿Por qué ahora?

—Pronto serás mi esposa y lo menos que deseo es volver a ver en tus ojos reproche o que cruce por tu mente algún pensamiento de duda sobre nuestro futuro.

Su declaración, llena de seguridad le reveló una cosa importante, que Kadar desconocía la posibilidad que el rey le había dado a ella de repudiarlo.

Capítulo 12

Campamento Privado

Desierto de Khaybazha

Al día siguiente

—¡Bienvenidos!

La familia que se encargaba del campamento los recibió haciendo una leve reverencia. Estaba compuesta por Anisa, como su mismo nombre lo indicaba, era una mujer de corazón bondadoso y amigable, esposa y madre abnegada. Omar, su esposo, un hombre trabajador que había entregado su vida a servir al rey y Radi, el único hijo de la pareja, un adolescente obediente que se encargaba de alimentar a los animales.

—Gracias, Omar.

Contestó Kadar con una pequeña inclinación de cabeza. Recordaba al hombre de cuando era un muchacho.

—Su alteza, acompañeme para enseñarle la *Jaima* que le hemos preparado.

Anisa le habló a la princesa con gentileza.

—Ve con ella, Amira. Ahora debo atender un asunto —dispuso el príncipe mirándola a los ojos, ella asintió con la cabeza y sin decir palabra siguió a la mujer.

Kadar por su parte se fue directo al 4x4 seguido de su equipo de seguridad que le acababa de informar que debía atender una llamada proveniente de palacio en el teléfono satelital.

—Espero le agrade —comenzó diciendo la mujer en cuanto apartó la tela

para dejarla pasar—, le diré a Radi, mi hijo, que traiga su equipaje. Con su permiso, alteza.

—Muchas gracias —contestó viéndola salir apurada.

Observó complacida la decoración de la tienda, era encantadora, el piso vestido de alfombras de diferentes diseños en colores llamativos. Las paredes revestidas de telas y pieles en colores claros. En el centro de la amplia estancia yacía una cama grande adornada con sábanas de seda, cojines y almohadones de plumas. La invitaban a un descanso seguro.

Caminó hasta ella y al sentarse se despojó de las sandalias, se sintió cansada de repente, tal vez se debía al inclemente sol que brillaba en lo alto del cielo. Tomando una bocanada de aire se masajeó los pies y se dejó caer encima de las mullidas almohadas. Cerró los ojos recordando la conversación que mantuvo con Kadar, le agradó escucharlo hablar abiertamente, con sinceridad. El saber que ya esa mujer formaba parte de su pasado la dejó más tranquila y, sonriendo sin saber por qué se entregó al sueño que la invadió.

Horas más tarde...

Cuando la princesa se despertó de una larga siesta, era tan tarde que ya todos se habían acostado a dormir, en la mesa de noche junto a la cama, encontró una bandeja con la cena y a un lado de la entrada reposaban sus pertenencias.

Avergonzada y muerta de hambre por haberse quedado dormida por tantas horas y sin probar bocado, se levantó para asearse antes de sentarse a devorar los alimentos. Una vez que terminó se dispuso a cambiarse de ropa por una ligera túnica para dormir y salió por la parte trasera para tomar aire fresco agarrando una lámpara de aceite para alumbrar el camino.

Se alegró de no tener que cubrir su cabello al ver que no había nadie, pero en cuanto dio unos pasos escuchó la fuerte voz de Kadar que hablaba en un dialecto que ella desconocía, aunque no llegaba a verlo, lo imaginó que usaba la *jaima* que se encontraba junto a la de ella.

No entendió ni una palabra, sin embargo, por el tono determinado y serio

se imaginó que no era una conversación placentera.

No pudo evitar pensar en el giro que daría su vida una vez que se casara con el príncipe, sabía que sus sentimientos hacia ella no eran los de un hombre enamorado, por otro lado, tampoco podía negar la conexión física que había entre los dos; era evidente. Eso lo tenía claro. Y se animó diciéndose mentalmente que debería estar contenta por eso.

—¿Descansaste?

Dio un brinco al escuchar la voz de Kadar, se había sumido tanto en sus pensamientos que ni siquiera lo vio acercarse.

—Casi me matas del susto —le reprochó llevándose la mano al pecho.

—Lo siento, pensé que me habías visto —aclaró pasándose una mano por la barba—. Espero que mi conversación no te haya despertado —agregó deteniéndose frente a ella adoptando una pose relajada.

—No, no lo hiciste. Llevo rato despierta. —Se recordó que no usaba el velo—. Espera un momento, voy por mi velo.

Le avisó e intentó girarse, pero él la tomó del brazo con sutileza para detenerla.

—No hace falta que lo busques, todos se han ido a dormir —explicó sosteniéndole la mirada por una fracción de segundo, tiempo suficiente para sentir la tensión sexual entre ellos—. ¿Comiste algo?

Indagó cambiando de tema.

—Sí, gracias —contestó satisfecha—. ¿Estás seguro de que todos duermen? No deseo pasar por mal educada y faltar a las costumbres. —Amira no pudo evitar sentirse fuera de lugar.

—Ya te dije que no hace falta, además, luces hermosa con el cabello al descubierto. Es más, si por mí fuera no lo usarías nunca. —tomó varias hebras de su pelo con la mano sin apartar el contacto visual—. Espero que hayas descansado, me gustaría llevarte a un lugar muy especial.

La afirmación del príncipe dejó a Amira con la garganta seca, ¿Acaso había escuchado bien? Le había dicho: «*Es más, si por mí fuera no lo usarías nunca*», esto sí que era una revelación. Sin embargo, ella respondió ocultando su emoción.

—¿Un lugar? ¿A esta hora? —inquirió con duda, zafándose de su agarre.

Nerviosa por su cercanía, sintió su cuerpo calentarse de repente. Preguntándose cómo era posible que un simple roce la excitara de esa manera.

—Vamos, sé que te va a encantar —dijo con seguridad, tomando la lámpara de aceite que ella sostenía y con la otra la sujetó de la mano.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —Desde cuando él la conocía tanto, se preguntó para sus adentros.

—Porque desde que llegamos me he dado cuenta que te gustan los paisajes exóticos.

Kadar esbozó una sonrisa torcida de esas que le cortaban el aliento a la princesa, mientras la observaba negar con la cabeza.

—¿Necesitaré de calzado? Lo he dejado dentro de la tienda —preguntó alzando su larga túnica enseñándole sus pies desnudos.

—No lo necesitaremos, yo tampoco los estoy usando.

Amira bajó los ojos al piso y lo vio descalzo, en ese momento ambos se rieron al mismo tiempo.

—No perdamos más tiempo, tenemos una hora antes de que vengan mis hombres a verificar nuestra seguridad.

Emocionada se dejó guiar por Kadar que alumbraba el camino con la lámpara y, aunque estaba oscuro, la luna brillaba con una intensidad abrumadora. Al cabo de un momento sus ojos se habían adaptado a la oscuridad y podía ver de reojo el semblante del hombre que tenía a su lado. Emanaba seguridad y masculinidad, una combinación que la hacía perder su autocontrol.

—¿Siempre eres así?

Le preguntó al cabo de unos minutos, en cuanto comenzaron a aminorar el paso.

—¿Así cómo? —consultó distraído alumbrando el estrecho sendero.

—Espontáneo, intuitivo, aventurero...

Soltó una carcajada, ya quisiera él poder comportarse de esa manera delante de su padre, pensó.

—No, no siempre tengo la oportunidad de serlo. —Pasaron con cuidado las palmeras datileras y pudieron ver el reflejo de la luna sobre el gua del oasis—. ¿Y tú siempre eres tan comedida y curiosa?

Abrió los ojos sorprendida por la pregunta, por un momento llegó a pensar que tal vez él la encontraba aburrida. Ya tendría la oportunidad de demostrarle que ella también podía ser resuelta y desenvuelta.

—No siempre, también puedo ser alegre y expresiva. Aunque no es un secreto que he sido criada para obedecer y tener el control de mis emociones. —Amira se detuvo para apreciar el imponente paisaje que se levantaba frente a ellos. Le sorprendía las maravillas de la naturaleza y, el estar en medio del desierto y encontrar tanto agua como vegetación le resultaba fascinante—. Es precioso...

Capítulo 13

—Sabía que te gustaría. Mis padres siempre nos traían a este oasis cuando éramos niños.

A Amira le dio un vuelco el corazón al escucharlo hablar de su familia. Había notado que Kadar siempre adoptaba una actitud de poder y formalidad delante de los demás, pero cuando estaba a solas con ella se comportaba como un hombre sensible y lleno de buenos recuerdos, él definitivamente era una caja de sorpresas.

—Debió haber sido muy divertido.

Kadar le soltó la mano y depositó la lámpara que sostenía sobre la arena para comenzar a desabrocharse el cinturón. Estaba ansioso por darse un baño.

—Lo fue, papá nos tenía que venir a sacar del agua. Incluso llegaba a amenazarnos con dejarnos sin cenar si no lo obedecíamos.

Los dos volvieron a reír hasta que Amira se dio cuenta de lo que él estaba haciendo frente a sus ojos.

—¡Espera! ¿Qué estás haciendo? —inquirió asombrada con ganas de reír por su osadía, pero se contuvo. Este hombre le resultaba imposible, sin ningún sentido del pudor.

—Lo que ves, me desnudo para nadar.

—Estás loco...

Quiso llevarse las manos a los ojos, pero no fue capaz de apartar la mirada. Lo contempló fascinada incapaz de centrar la atención en otra cosa que no fuera Kadar. Su cuerpo esculpido por los dioses era digno de admirar, desde sus anchos hombros, pasando por sus trabajados pectorales y luego bajando la vista hasta su duro abdomen.

Estimulada y con ganas de tocarlo tragó saliva al darse cuenta de que él estaba completamente desnudo y... excitado. Su virilidad era impresionante.

—De seguro el calor me está haciendo perder la razón —reveló Kadar al observarla mirarlo con deseo, encendiéndolo mucho más de lo que ya estaba

—. ¿Te gusta lo que ves? Para mí es importante saber que mi cuerpo te excita.

¿Qué si la excitaba? Eso era poco, estaba al borde de perder el poco autocontrol que le quedaba.

—Me he dado cuenta de que eres un hombre muy sexual. —Quiso desviar el tema para no darle importancia.

—Lo soy, no tengo por qué negarlo —reconoció entrando en las tibias aguas.

—¿Por qué el sexo es tan importante para ti? —indagó sin apartar la vista de su amplia espalda.

—Disfruto en practicarlo, Amira, y deseo que la mujer que esté a mi lado lo goce tanto como yo.

La respuesta de Kadar avivó aún más la excitación que sentía en su cuerpo.

—¿Y qué hay del amor, Kadar? ¿Eso no es importante para ti?

—El amor es un tema complicado, Amira. Es mejor dejar que llegue solo que forzarlo —zanjó el tema sumergiéndose por unos segundos y cuando salió añadió—. Vamos, princesa, no te hagas de rogar. Quítate la túnica y métete al agua conmigo, está deliciosa.

—No puedo hacerlo... —Trató de protestar—. Es que yo nunca... —El príncipe la interrumpió, no aceptaría un no por respuesta. Por lo menos no esa noche.

Los días se estaban pasando muy deprisa y los problemas en palacio seguían sin resolverse, necesitaba volver con la buena noticia para su padre. Fallar no era una opción para él.

Invadida por las dudas Amira lo meditó unos segundos mientras lo veía zambullirse una vez más. Se sintió ruborizada dudando si lo que hacían era lo correcto, se había criado bajo estrictas normas y tradiciones. Si sus padres se llegaban a enterar de que habían estado solos y desnudos bañándose en un oasis en el medio del desierto, esa boda sería cancelada de inmediato.

—Estamos solos, Amira —insistió—, nadie lo sabrá, te doy mi palabra. —Alzó una mano en señal de promesa.

Entonces pensó que estaba cansada de siempre comportarse como la mujer perfecta. Debía confiar en él, le prometió que nadie se enteraría de esa

pequeña aventura, además, pocas veces había tenido tantas ganas de hacer algo como en ese momento.

Con el corazón latiéndole a toda velocidad, excitada y con los pezones endurecidos, se sacó toda la ropa frente a los ojos de su prometido que ya se había salido del agua y la observaba con lujuria.

Kadar repasó el cuerpo de Amira, le resultó impresionante. Incluso le recordó la forma de una guitarra. Sus senos eran pequeños y proporcionados, la cintura era angosta y comparada con la anchura de sus caderas y la protuberancia de su trasero, la hacía lucir una mujer muy sensual y extremadamente exótica.

Su cuerpo era un regalo de los dioses, pensó con ganas de devorarla. Se aproximó hasta ella, ofreciéndole las dos manos para ayudarla a entrar al oasis y, sin apartar el contacto visual, caminaron juntos hasta que el agua les llegó a la cintura.

—Tienes que saber que nunca he estado con ningún hombre —le confesó Amira con un hilo de voz, le asustaba lo mucho que lo deseaba.

La parte posesiva de Kadar se llenó de regocijo al escuchar esa afirmación.

—Me agrada ser el primero. —Trazó con un dedo los carnosos labios de la princesa con ganas de besarla, pero se contuvo al sentirla temblar—. No tengas miedo, Amira. Yo nunca te haría daño.

Amira no deseaba confesarle que estaba excitada y que su sola cercanía la estremecía de deseo. Su cuerpo temblaba de tanto contenerse.

—No, no lo tengo. Contigo me siento segura.

—No puedes tener frío porque aún hace algo de calor. —Pensó en voz alta a sabiendas de lo evidente—. Te ayudaré a solucionar esta urgencia. Confía en mí. —La princesa asintió con la cabeza sin comprender—. Llevaré tu mano hasta mi pene para que sientas lo que provoca tu cercanía en mi cuerpo. No te avergüences, Amira, esto que sentimos es perfectamente normal.

Curiosa por lo que pasaría se dejó hacer, Kadar le susurró al oído que fuera gentil y lo tomara con una mano y con movimientos lentos y repetitivos la subiera y bajara.

Ella obedeció con nerviosismo, sintiéndose sofocada al tocar la hombría

de ese hombre tan grande, fuerte y masculino, pero no podía negar que le fascinaba, le fascinaba estar allí y poder compartir junto a él un momento tan íntimo como ese.

Kadar cerró los ojos por un instante y apretó la mandíbula disfrutando del momento.

—¿Alguna vez te has masturbado? —preguntó el príncipe con expectación.

—¡No, nunca! —exclamó ruborizada.

—No te horrorices, el masturbarse es una necesidad básica del cuerpo. — Levantó la quijada de Amira para tener toda su atención—. ¿Me permites enseñarte? —solicitó con voz ronca.

Sin saber qué decir, ella se limitó a guardar silencio, estimulada al máximo de todo lo que estaba sintiendo, pensó que, si él estaba dispuesto a enseñarla cómo tranquilizarse, entonces no se negaría.

—Amira, es la única manera con la que podré calmar tu temblor.

Se sintió descubierta, pero a ese punto ya no le importaba.

—Kadar...

Desesperado por tocarla insistió un poco más.

—Prometo que solo haré que te sientas mejor.

Enajenada y sin fuerzas para resistirse asintió con la cabeza.

Kadar enseguida colocó las manos sobre sus hombros, moviéndolas con lentitud, mientras ella seguía ocupada con su hombría. Masajeó sus senos con destreza provocando que emitiera un gemido en cuanto pellizcó uno de sus pezones. Quiso llevárselos a la boca, pero prefirió dejarlo para otra ocasión, le había prometido enseñarla a masturbarse y en eso debía concentrar su atención.

Luego bajó una mano hasta su pequeña cintura para acercarla, sintiendo el movimiento de la mano de ella apretarse contra sus abdominales. Entonces con la otra mano siguió explorando la suave piel de su vientre hasta llegar a su intimidad cerciorándose de que estaba completamente depilada. Esa sensación lo estremeció, volvió a cerrar los ojos, pero esta vez era para imaginarse introduciéndole la lengua entre sus piernas. Saboreando cada pliegue con mimo. Frustrado soltó un gruñido y se recordó lo que estaban haciendo.

Presa de la necesidad de aplacar su apetito sexual, Amira separó las piernas para darle mejor acceso, experimentando la urgencia de ser tocada en esa zona que le palpitaba y la torturaba placenteramente.

Con delicadeza le abrió con los dedos los labios vaginales, acariciándola mientras seguía moviéndolos hasta el centro de su deseo.

Amira pensó que era alucinante lo que esos dedos inquietos la hacían sentir y se recriminó en ese momento el por qué había esperado tantos años para darse el gusto de experimentar placer con su cuerpo.

—Mírame a los ojos, Amira, y dime si te gusta lo que sientes.

Le pidió con voz ronca, trazando movimientos circulares en su parte íntima.

Abrumada y erizada de pies a cabeza, sintió cómo un inmenso calor se propagaba despacio por todo su cuerpo, era tan sublime y glorioso que la hacía sentir como si estuviera flotando.

—¿Te gusta, Amira? ¿Te gusta lo que mis dedos te hacen sentir? Contéstame.

Demandó tan excitado como ella. La princesa había intensificado su movimiento y Kadar se sentía que ya estaba a punto de eyacular.

—Sí, sí, Kadar. Me gusta mucho.

—No dejes de mirarme, porque cada vez que te sientas excitada por mi causa quiero que recuerdes este momento. Usarás tu mano imaginando que es la mía y te darás placer pensando en mí. ¿Me lo prometes?

Los ojos de ella brillaron con intensidad y deseo.

—Lo prometo, solo si tú haces lo mismo por mí.

Le encantó escuchar esa petición de su futura esposa. En ese momento se dio cuenta de que sería una amante maravillosa. Amira estaba dispuesta a aprender y eso significaba mucho para él.

—Lo prometo. Ahora déjame escuchar cómo te entregas al orgasmo, demuéstame cuánto te gusta lo que te hago sentir.

Dejó que su cuerpo tomara el control, sus caderas comenzaron a menearse solas exigiéndole a esos juguetones dedos que incrementaran y aceleraran el movimiento.

Esto sí que era algo intenso, pensó cuando sintió que no podía resistir

más.

Sacudida por el inminente orgasmo se dejó arrastrar cerrando los ojos sin apartar su agarre de Kadar quién se movía con fuerza y gruñía de la excitación.

Capítulo 14

La princesa abrió los ojos cerciorándose que estaba dentro de su *Jaima*, apenas se acordaba haber caminado el sendero de regreso del oasis. Recordó que Kadar la ayudó a salir del agua y a vestirse. También que él estaba apurado, le repetía que debían volver antes que sus hombres pasaran a revisar las tiendas en la siguiente ronda dejándole claro con ese comportamiento tan protector que no deseaba que nadie pensara mal de ella.

—¿Puedo pasar, su alteza?

Escuchó la voz de Anisa al otro lado de la tela.

—Adelante.

Se incorporó apoyando la espalda al cabecero de la cama dejando que las sábanas le cubrieran hasta la cintura.

—Buenos días, alteza. Le traigo un recado del príncipe —dijo la mujer ofreciéndole un pedazo de papel doblado a la mitad.

—Gracias, Anisa. —Lo tomó y en cuanto leyó la primera línea agregó—. Puedes retirarte.

Necesitaba privacidad para leer con calma.

—Como guste. —Hizo una leve reverencia antes de marcharse.

Sus ojos devoraron las líneas en segundos y en cuanto terminó, volvió a meterse bajo las sábanas, dibujando una tonta sonrisa.

Querida Princesa, espero puedas disculpar mi ausencia el día de hoy, pero debo atender asuntos importantes de palacio que requieren mi atención. No obstante, espero que pongas en práctica la técnica de relajamiento que te enseñé, estoy seguro de que tendrás mucho éxito.

Tuyo.

Kadar Marrash

Cerró los ojos apretando el papel contra su pecho, ese hombre se le estaba metiendo bajo la piel.

Se preguntó si ese sentimiento que le llenaba el corazón era lo que llamaban amor, porque si lo era entonces ella se estaba enamorando. De todas maneras, ya tendría tiempo para descubrirlo, porque lo que sintió en ese instante eran unas ganas enormes de volver a experimentar placer.

Cubriéndose hasta la cabeza con las cobijas, se sacó la túnica junto a su ropa interior. Estaba excitada y deseosa de aliviar sus ansias. Ya no se negaría a vivir esa experiencia, ya no.

Rememorando el íntimo momento que vivió junto a Kadar llevó la mano a su intimidad. Estaba húmeda, caliente y hasta un poco hinchada. Pasó los dedos por encima moviéndolos de la misma manera que lo había hecho él y, aunque no se sentía igual, no podía negar que la sensación era deliciosa. Complacida soltó un suave gemido y no se detuvo hasta que el orgasmo la abrazó.

Kadar había salido a tempranas horas del campamento a negociar unos caballos con el mandatario del reino vecino a pocas horas de camino. Debía asegurar esa negociación; esas fueron las órdenes de su padre.

Al caer la noche volvió al campamento, estaba cansado, pero contento de haber conseguido cerrar ese duro trato. Cuando entró a la tienda lo esperaba Omar con las noticias del día.

Mientras cenaba lo escuchó relatarle que la princesa había salido durante el día a dar un breve paseo por los alrededores acompañada de su esposa y su hijo y que una vez que regresaron insistió en ayudar a su mujer dentro de la cocina a preparar la cena de esa noche. Hasta que fueron interrumpidos por la llegada de dos miembros de su equipo de seguridad.

—Su alteza. Tenemos toda la logística arreglada para que mañana salga a dar un paseo en camello con la princesa como lo pidió.

—Puedes retirarte, Omar. Gracias por la cena y la conversación.

El hombre hizo una leve reverencia dejándolos solos.

—Buen trabajo. —Les contestó a los guardaespaldas— ¿Alguna otra cosa?

Preguntó limpiándose las manos, luego apartó la bandeja y caminó hacia la parte trasera de la *jaima*, deseaba volver a ver a Amira para contarle lo del

recorrido que darían al día siguiente o esa era la excusa que se estaba inventando cuando en realidad lo que quería saber era si había pensado en él y puesto en práctica lo que le había enseñado en el oasis.

Frustrado soltó todo el aire retenido en sus pulmones, sea como fuera, tenía la esperanza de encontrarla afuera.

—El jeque desea saber cuándo estará listo para volver, su alteza.

La presión de su padre lo estresaba, había olvidado lo difícil que era vivir en palacio y obedecer día y noche las peticiones del rey.

Molesto los ignoró y siguió caminando. No obstante, en cuanto salió la divisó de espaldas, llevaba una túnica negra y ocultaba su hermoso cabello bajo el velo, provocando que su humor cambiara de forma instantánea.

De inmediato, le hizo señas a los hombres para que lo acompañaran.

—Buenas noches, princesa.

Amira se giró para mirarlo y al verlo acompañado de sus guardaespaldas, supo que debían tratarse con indiferencia.

—Buenas noches, su alteza.

—Me contaron que ayudaste a preparar la cena de esta noche.

Amira sonrió complacida.

—No fue gran cosa, Anisa fue gentil y me dejó cortar unas verduras.

—Entonces imagino que tuviste tiempo suficiente para practicar la técnica de relajación —indagó con astucia.

A Amira se le subieron los colores al rostro y, aunque sabía que esos hombres no tenían la más mínima idea de lo que ellos hablaban de igual manera, se sintió expuesta. Sin embargo, no se iba a dejar amilanar y tomando una bocanada de aire le contestó:

—Sí, tuve la oportunidad, aunque debo confesar que todavía me falta mucho por aprender —respondió reprimiendo una sonrisa, sintiéndose atrevida.

—Entiendo —respondió alzando una ceja—. Hay que seguir practicando, es lo único que te ayudará a perfeccionarlo. —Le guiñó un ojo y añadió—. Ahora mismo me dispongo a cultivar ese arte. Te aconsejo hacerlo por las noches, garantiza un descanso seguro.

—Te tomaré la palabra. Gracias —contestó al verlo dar unos pasos atrás.

—Otra cosa, mañana saldremos a dar un paseo en camello. Deberías acostarte temprano para que estés en buena forma. —La princesa entrecerró los ojos con suspicacia—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Kadar esperó hasta que Amira entrara en la tienda contigua para irse a la de él y una vez dentro le dijo a sus hombres.

—Avísenle a mi padre que estaremos de regreso en dos días.

Ambos asintieron con la cabeza para luego retirarse.

Kadar se sacó la parte de arriba de su vestimenta, aunque por las noches en el desierto la temperatura refrescaba, él se sentía sofocado. Tenía que terminar con esa misión de una vez por todas y sabía que la única manera de terminar de convencer a la princesa de continuar con la boda era haciéndola suya antes de la ceremonia.

Una hora más tarde...

Caminó como un león enjaulado dándole vueltas al asunto. Se sintió como una mierda al no encontrar otra opción. Estaba al corriente de que ella no se lo merecía. A simple vista se notaba que Amira era una mujer sincera, correcta y de unos valores intachables. Pero, para su desgracia, despojarla de su inocencia antes de la boda era la única forma en la que podía asegurar esa unión. No podía por ningún motivo arriesgar la misión, porque sin la ayuda y el poder del padre de la princesa, ellos estaban perdidos.

Amira no podía conciliar el sueño, sabía que se debía a la conversación en clave que mantuvo con Kadar. Le ilusionaba el paseo que darían por la mañana. Lo que quería decir que él era un hombre de palabra y no lo había olvidado.

Avivada por la antelación se levantó de la cama para buscar el traje de bailarina que siempre usaba para calmar sus ansias. Lo sacó de la maleta y una vez que se desnudó se lo puso.

Era un precioso conjunto de dos piezas, de un rojo fuego. El pantalón

estaba confeccionado en gaza traslúcida con aberturas a cada lado de los muslos, dando énfasis al cinturón bordado con lentejuelas y piedras de distintos colores. Mientras que el corpiño estaba cubierto por completo con satén, adornado con monedas de plata y del que colgaban pequeñas cadenas para dar elegancia y vistosidad a los movimientos.

Emocionada fue en busca de su iPod y unos audífonos, a esa hora todos estaban durmiendo, no deseaba perturbar la paz de ese lugar por nada del mundo.

Luego se colocó los accesorios. Primero una hermosa tobillera elaborada con pequeñas monedas de oro que cubrían la parte de arriba de sus pies descalzos, los brazos los cubrió casi por completo de pulseras de diferentes colores, luego ató a sus caderas el velo lleno de aplicaciones y, para terminar, se ajustó los chinchines a sus dedos.

Adoptando la posición inicial de la danza, se situó en el centro de la estancia. Su larga melena caía desordenada por sus hombros y espalda dándole un aspecto sugestivo. En cuanto el sonido de los tambores retumbó en sus oídos su cuerpo tomó vida propia.

Las caderas se movían al compás de la música, sus brazos se ondeaban con elegancia y sus pies no podían quedarse quietos. De repente, Amira recordó lo último que le había dicho el príncipe antes de que se despidieran:

«Ahora mismo me dispongo a cultivar ese arte. Te aconsejo hacerlo por las noches, garantiza un descanso seguro».

Se lo imaginó tomar su grueso pene con una mano, subirlo y bajarlo con lentitud. Las caderas de Amira estaban eufóricas y en vez de que el baile calmara sus ansias, las avivaba aún más. El calor que comenzó en su intimidad se expandió con una rapidez devastadora por todo su cuerpo.

El roce de las cadenas que llevaba en los pies le estimulaba los sentidos. Enajenada se sacó los chinchines de los dedos y con desespero los tiró al suelo. Necesitaba tener las manos libres para tocarse. Preguntándose por qué nunca había sentido algo igual. Entonces, de inmediato, recordó el cuerpo fuerte y desnudo de Kadar en el oasis. Allí estaba su respuesta. El conocer a ese hombre de la manera en que ahora lo hacía era lo que le provocaba esas sensaciones.

—Amira, Amira, voy a entrar.

Avisó Kadar por tercera vez del otro lado de la tela que cubría la parte trasera de la tienda. Al ver que no obtenía respuesta se preocupó pensando que algo malo le sucedía. En cuanto entró sus ojos no podían creer lo que veían.

Amira bailaba la danza del vientre con los ojos cerrados escuchando la música a través de unos auriculares mientras una de sus manos viajaba hasta su vagina.

Capítulo 15

Kadar se aproximó con sigilo y la besó.

Enseguida la princesa abrió los ojos al apreciar el calor de sus labios que demandaban entrega. Experimentó la urgencia de abrazarlo, de fundirse contra su duro cuerpo. Por primera vez no temía demostrar lo mucho que lo deseaba. Porque por la forma en que las manos de él se movían supo que también la deseaba.

Al separarse, Amira colocó las palmas sobre sus pectorales y se emocionó al sentir cómo el corazón le latía a toda velocidad.

—¿Qué haces aquí? —preguntó en un intento por recuperar la compostura.

—Te llamé varias veces, pero no me contestaste —dijo en voz baja, depositándole un suave beso sobre los labios—. Por un momento temí por tu seguridad.

Le agradó escuchar que se había preocupado por ella, eso era un progreso en tan poco tiempo, pensó emocionada. Estaba al tanto de que no sería fácil penetrar su duro corazón.

—Lo siento. —Se disculpó mirándolo a los ojos—. No me podía dormir, entonces busqué los audífonos y me animé a bailar un poco para distraerme, pero...

Kadar la interrumpió esbozando una sonrisa engreída y terminó la frase por ella.

—Pero te acordaste de mí y te entraron unas ganas irrefrenables de tocarte. ¿Es eso, Amira? —Bajó la mano hasta la entrada de su vagina para acariciarla por encima de la fina tela—. ¿Me deseas, princesa? —repitió el movimiento y la sintió estremecerse—. ¿Deseas que esta noche te convierta en mi mujer? ¿Es eso?

Amira separó las piernas invitándolo a que la siguiera tocando. La curiosidad de sentirlo dentro de su cuerpo se le estaba haciendo insoportable de contener. A quién quería engañar, deseaba con todas las fuerzas de su

corazón que la hiciera suya en ese momento, para qué seguir esperando, al diablo con las tradiciones, pensó extasiada al sentir el roce de los dedos.

Kadar necesitaba más, quería quitarle el hermoso traje de bailarina, despojarla de todo, excepto de los accesorios que llevaba sobre los pies, le resultaban sensuales y provocativos. Y después desnudarse él también, que nada se interpusiera entre los dos.

—Necesito que seas tú la que me lo pida, Amira. No deseo forzarte a nada. Nunca.

La abandonó el autocontrol, sin embargo, se encontraba dividida entre el deseo de rendirse y negarse a vivir una experiencia maravillosa con ese hombre que la enloquecía. Entonces vio en sus ojos un brillo diferente, uno que sin palabras la tranquilizaba, en aquel momento pensó que no tenía nada de qué preocuparse, muy pronto se casarían.

—Sí, Kadar, te deseo. Quiero que me hagas el amor.

«*Que le haga el amor*», repitió el príncipe en su mente con amargura, porque amarla como tal no podía, pero se encargaría de hacerla sentir importante. Además, ya no podía echarse para atrás, eso era todo lo que él necesitaba escuchar de sus labios para tomar el control. No podía sentirse mal, por lo menos no en ese momento. Mañana ya sería otro día.

Despacio se separó de ella y con manos ágiles se lo quitó. En cuanto vio que Amira no llevaba nada debajo, se quedó sin respiración.

Embelesado contempló cada contorno, cada curva. Sus pechos eran pequeños, pero turgentes. Su cintura se estrechaba para volver a ensancharse en sus sinuosas caderas. Pero lo que más concentraba su atención era su suave y depilado sexo.

Amira tembló al ver el deseo reflejado en sus ojos. Dejándose llevar por sus instintos lo besó. La boca de él era exigente y ferozmente posesiva, Kadar deslizó su caliente lengua sobre la suya. La erótica intimidad de aquella conexión la dejó débil y sin voluntad. Estaba dispuesta a entregarle su cuerpo sin reservas.

Sin perder tiempo, Kadar la tomó en brazos y la depositó en el centro de la cama. Se quitó la ropa y luego se recostó junto a ella, pasando los dedos por su plano vientre... No podía negar que la belleza de esa mujer le resultaba

fascinante, era como si estuviera viendo una diosa.

Se metió un pezón en la boca. Lo saboreó con mimo antes de hacer lo mismo con el otro, luego siguió bajando por su cuerpo.

Amira contuvo la respiración al soltar un ligero gemido. Eran demasiadas sensaciones juntas, incluso pensó que, aunque él nunca la llegara a querer como ella lo hacía en ese momento, estaba segura que podía conformarse con que la hiciera suya todas las noches.

Trazando un camino de besos, el príncipe llegó a sus caderas mientras con las manos le recorría todo el cuerpo. Después separó sus piernas y se las colocó encima de los hombros para poder hundir la cabeza entre sus muslos.

Amira soltó un suave grito de placer cuando lo sintió deslizar la lengua por sus húmedos pliegues.

Kadar pensó que era la mujer más deliciosa que hubiera probado, estaba seguro que jamás tendría suficiente de ella y cuando comenzó a contonear las caderas, supo que era hora de introducirle su sexo.

Salió de entre sus piernas y volvió a besarla, deseaba que ella se impregnara de su esencia, a Kadar le resultaba afrodisiaco. Luego la sujetó de las rodillas, situándose en el medio de su sexo y cuando la punta de su miembro sintió el calor y la humedad de su entrada, le dijo:

—No quiero que te arrepientas de esta decisión, Amira. —Su voz sonó firme y llena de deseo—. Necesito que estés segura de lo que estamos a punto de hacer.

—Lo estoy, Kadar. Nunca he estado más segura de algo en toda mi vida —explicó decidida—. Por favor, no te detengas ahora, no podría resistirlo.

—Muy bien, entonces no dejes de mirarme a los ojos —dijo introduciéndose despacio en su interior—. Amira, estás divina. Serás una esposa complaciente y maravillosa. De eso no me queda la menor duda.

A pesar de que Amira experimentó un leve dolor mientras el príncipe entraba en su cuerpo, ahora ya no lo hacía, le gustaba sentirlo dentro de ella y dejándose arrastrar por un instinto animal, sus caderas comenzaron a moverse al mismo ritmo que las de él.

Kadar, sintiendo cómo sus cuerpos se acoplaban, le dijo:

—Encajamos a la perfección. ¿Te gusta?

—Me fascina, me vuelves loca, Kadar.

Entusiasmado por las palabras de la princesa, aceleró la fuerza de su empuje. En ese momento solo se escuchaba el sonido frenético de sus sexos al chocar unidos con los fuertes gruñidos que ya no podía contenerse.

Amira tembló y se aferró al fuerte cuerpo de Kadar en cuanto llegó su orgasmo, rindiéndose al más intenso placer que había experimentado jamás. Y cuando lo escuchó gemir con la cabeza enterrada en su cuello, ella se sintió feliz, enseguida recordó sus palabras:

«Estás divina. Serás una esposa complaciente y maravillosa. De eso no me queda la menor duda».

A Kadar el orgasmo lo consumió y en cuanto sus respiraciones volvieron a la normalidad se tumbó junto a ella, abrazándola.

A pesar del intenso placer que experimentó junto a la mujer que descansaba entre sus brazos, se sintió como un hijo de puta. Por ahora lo importante era que había cumplido con la misión y ya no quería pensar en nada más.

Capítulo 16

Casa Real

Reino de Khaybazha

El rey Mohamed Bin Bakri, rodeado por su equipo de seguridad, entró al palacio de Khaybazha sin previa invitación. Se había cansado de las excusas por parte de Sira sobre dónde se encontraba su hija. Sin ánimos de seguir esperando, tomó la decisión de averiguar personalmente qué estaba pasando.

En cuanto el rey Rabah Bin Marrash fue informado se alteró con solo pensar en las consecuencias que podría traer la ausencia de la princesa en palacio. Como estaba reunido con el ministro de finanzas y economía del país no pudo salir de inmediato a recibirlo. En aquella reunión el gabinete del ministro le planteaba nuevas estrategias económicas para mejorar la liquidez monetaria del reino. Ahora más que nunca Kadar debía consolidar la unión con la princesa Amira.

—Bienvenido, rey Bakri. A pesar de ser inesperada su visita nos alegra que esté con nosotros —mintió Dabir y lo escoltó hasta el salón principal para ganar un poco de tiempo.

—No tengo planes de quedarme en palacio, solo vengo a hablar con mi hija, hace días que no sabemos de ella.

—La princesa Amira se encuentra muy bien, alteza. Si lo que deseaba era comunicarse con ella debió hablar directamente con el rey Marrash.

El monarca se giró hacia su secretario y le indicó antes de entrar al salón:

—Busca a Sira y tráela aquí.

—De inmediato, alteza.

—¿Desea un té o un café, su alteza? —preguntó Dabir luego de invitarlo a tomar asiento.

—Solo un té.

A los pocos minutos entró Sira, entonces le ordenó a todo su personal que los dejaran solos.

—Alteza —saludó con una inclinación.

—¿Dónde está mi hija? —exigió saber levantándose de la silla.

La joven bajó la cabeza y comenzó a temblar. Las palabras no le salían de la boca.

—¡Tu único deber era permanecer al lado de la princesa! —gritó apuntándola con el dedo—. Respóndeme, Sira.

La secretaria cayó al suelo de rodillas y comenzó a llorar, conocía por los años que tenía trabajando en el palacio de su rey que era implacable con los que se oponían a él o simplemente no cumplían con sus deberes a cabalidad.

—No está aquí —tartamudeó.

—¿Cómo que no está en palacio? —Dio dos pasos y la agarró por el brazo para obligarla a ponerse de pie—. ¿Dónde está Amira?

—El rey Rabah Bin Marrash la invitó a conocer el desierto de *Khaybazha*.

—¿La has dejado ir sola?

—La princesa no está sola. —Levantó la mirada llena de lágrimas.

—Termina de hablar muchacha, ¿con quién está?

—El príncipe Kadar la acompaña en este viaje —soltó entre dientes.

—¿Mi hija sola en el desierto con un hombre? —bramó fuera de sí y la soltó ofuscado.

—Perdóneme, alteza. No tuve otra opción.

—Tu deber, Sira, era llamar de inmediato a palacio e informarme de este viaje antes de que ocurriera.

—La princesa estuvo de acuerdo en que me quedara...

El jeque la interrumpió:

—¡No hay excusas! ¿Cómo has podido ocultar algo así? Sabes muy bien que mi hija es la única heredera de tu reino.

—Perdóneme, alteza —pidió cubriéndose el rostro con ambas manos.

Minutos más tarde el rey Mohamed ordenó a su séquito salir de inmediato

hacia el desierto de *Khaybazha*. Nada ni nadie le impediría encontrar a su hija.

De la misma forma intempestiva que llegó se fue, se sentía tan furioso por la situación que no deseaba cruzarse con su homólogo. Primero debía averiguar cómo habían ocurrido las cosas antes de armar un escándalo y, si era preciso, cancelar la boda.

Campamento Privado, Desierto de Khaybazha

Amira despertó sintiéndose la persona más feliz de todo Oriente Medio, Kadar la había hecho sentir una experiencia inolvidable.

Con una leve molestia entre sus muslos, se levantó de la cama y fue directo a darse un baño de agua tibia. Quería estar perfecta y lista para el paseo que tenían planificado para ese día.

Una hora después, luciendo un vestido ligero de algodón y su velo, salió de la tienda buscando a Kadar. Pero un ruido en la distancia hizo que se cubriera los ojos con las manos en forma de visera, intentando descubrir qué se aproximaba.

Sus ojos se agrandaron en cuanto divisó el escudo de su reino en el lateral de un helicóptero.

Venían por ella, estaba segura de ello.

El pánico la paralizó justo donde se encontraba y no tuvo tiempo de correr hasta Kadar, quien conversaba con el joven Radi mientras terminaban de preparar los camellos para el recorrido por el desierto.

El helicóptero tocó tierra y de su interior descendió su padre, acompañado de cuatro hombres de seguridad.

—Suban a la princesa al helicóptero, de inmediato —ordenó en voz alta y caminó hacia Kadar, ignorando por completo a su hija.

—¡Padre, espere! —exclamó con un hilo de voz, pero no pudo decir nada más, porque en ese momento uno de los guardaespaldas del rey la tomó del brazo y la obligó a caminar hacia el aparato.

Kadar cruzó los brazos y abrió un poco sus piernas mientras negaba con la cabeza. Su postura arrogante molestó aún más al rey.

—¿Qué hace mi hija en este lugar? —exigió saber enfrentándolo cara a

cara.

—Alteza. —Lo saludó Kadar con una leve inclinación—. La princesa está conociendo el reino que próximamente será suyo.

Por el rabillo del ojo observó cómo la figura de Amira subía a la aeronave en contra de su voluntad siendo arrastrada por varios hombres.

—Déjate de palabrerías, muchacho. Tanto tu padre como tú conocen nuestras tradiciones y una de ellas es que la princesa no puede estar sola con su prometido antes de la boda.

—La intención de mi padre era que...

El anciano alzó la voz callándolo.

—Conozco las intenciones de tu rey, sé que es zorro viejo y que sabe jugar sus fichas. Pero se han equivocado, esta vez han cruzado una línea prohibida y poner en tela de juicio la reputación e inocencia de mi hija fue un acto desleal. ¡Cancelaré la boda!

Kadar dejó caer sus brazos a los costados del cuerpo y con el rostro enrojecido por la rabia le confesó:

—Ya su hija no es una joven inocente, alteza. —Sonrió con sarcasmo.

El monarca sintió que la sangre se le convertía en fuego, las pulsaciones se le dispararon y su cuerpo comenzó a temblar. No podía creer que Amira se hubiese entregado a aquel desgraciado hombre.

—¡Qué Alá cobre tu ofensa, príncipe Kadar! —sentenció—. Porque tu reino pagará gran parte por esta traición. —Se giró con la intención de marcharse, pero el príncipe se interpuso en su camino.

—No habrá hombre que acepte a una mujer sin virtud, lo más razonable es que nuestro compromiso continúe. Ahora ella es mi mujer —declaró con orgullo e insolencia.

—¡Jamás! Mi hija nunca volverá a verte —decretó tan fuerte que las venas del cuello se tensaron como las cuerdas de un violín.

—Ya Amira puede tomar sus propias decisiones y estoy seguro que ella desea permanecer a mi lado —añadió implacable.

—Mi hija conoce muy bien cuál es su deber y nunca permitiré que elija. —Las palabras le salían con dificultad porque sintió que le ardía la garganta.

—No fue ese el acuerdo que pactaron entre los dos reinos —insistió

Kadar, acorralándolo con su propia honra. Porque la palabra de un árabe era sagrada.

—La arrogancia te hace hablar con ignorancia, Kadar. Mide tus palabras y fijate con quién hablas, porque al ser el rey de un país tan poderoso como lo es el reino de Mahram me da la capacidad de acabar con todo lo que hasta hoy has creído tuyo —dictaminó y siguió su camino.

Amira no lograba escuchar nada, solo podía ver a través del cristal cómo Kadar y su padre movían con fuerza las manos. Era obvio que estaban discutiendo, quiso bajarse un par de veces, pero el equipo de seguridad se lo impedía.

Comenzó a llorar por la incertidumbre de no saber qué estaba pasando, le urgía escuchar aquella conversación.

En cuanto el helicóptero se perdió de su vista, Kadar gritó de impotencia y rabia rompiendo el silencio del desierto.

Una hora más tarde...

Trató de mantener la cabeza fría mientras conducía de regreso a palacio, analizando las opciones que tenía para recuperar a la princesa. Ahora ambos estaban unidos por algo más que un simple documento firmado.

Desde el instante que ella aceptó que él fuera el dueño de su cuerpo sentenció su destino. Kadar nunca permitiría que nada ni nadie le quitara lo que era suyo y mucho menos que le prohibieran volver a estar con Amira.

Capítulo 17

Casa Real

Reino de Khaybazha

Horas más tarde...

—Bienvenido, su alteza —saludó su secretario al abrirle la puerta del todoterreno en la entrada de palacio.

—Necesito hablar con mi padre, Uthal. Es urgente.

—Imagino que se trata de la princesa Amira —dijo el hombre apreciando el semblante preocupado de Kadar.

—Imaginas bien —respondió cortante sin querer ahondar en el tema mientras entraban en la Casa Real a grandes zancadas—. Dime algo, ¿el personal de la princesa sigue en palacio?

—Sí, en este momento están recogiendo sus pertenencias. El rey Mohamed les ha ordenado que vuelvan a su reino hoy mismo.

—Bien. —Se detuvo ordenando sus ideas antes de hablar—. Busca a la chica que siempre acompañaba a la princesa, necesito conversar con ella antes de que se marche.

—¿A Sira?

—Sí.

—Pero su alteza...

Kadar alzó la mano para silenciarlo, no tenía tiempo que perder.

—No pierdas tiempo y haz lo que te he dicho —dijo con firmeza—. La espero en mi despacho —sentenció.

—Como usted diga, su alteza.

Casa Real

Reino de Mahram

—Papá, por favor. No me castigue con su silencio —suplicó la princesa llevándole el paso.

El rey caminaba muy deprisa seguido de su séquito por uno de los pasillos de palacio.

—Dígame, ¿por qué me trajo de esta manera tan abrupta? —Al ver que no le respondía volvió a preguntar—. ¿Por qué me ha separado del hombre que va a ser mi esposo? ¡No lo entiendo!

—Ahora no, Amira —contestó sin aminorar el paso—. Ve a tu habitación, toma un baño y descansa. Más tarde tu madre y yo subiremos para conversar contigo sobre todo lo que ha ocurrido en los últimos días —se excusó para no tener que darle explicaciones frente a sus hombres.

—Pero, papá... —se quejó frustrada—, tengo derecho a saber qué está pasando.

En todo el camino de regreso a palacio ni siquiera la miró. Nunca antes la había tratado con tanto despotismo como en ese momento. Nunca. Y para ella ese trato tan frío le dolía inmensamente.

—¡Es suficiente, Amira! —dictaminó con fuerza.

No le quedó más remedio que cumplir con las órdenes de su padre. Jamás lo había visto tan molesto. Con ella siempre se había comportado cariñoso y paciente. Esta nueva actitud la hería en lo más profundo de su ser.

Antes de entrar a los aposentos de su esposa Hana, el rey Mohamed le

ordenó a su secretario que lo esperara en el pasillo. Necesitaba discutir el futuro de la princesa con su mujer en la intimidad, pero al verla, se detuvo con el corazón oprimido. Amira era la debilidad y el orgullo de ambos, él nunca imaginó el tener que atravesar por una situación tan humillante como lo era esa. Y todo por culpa de los Marrash.

Sabía que la decisión que tomarían sería difícil para los dos. No obstante, la rabia que sentía hacia aquella familia crecía con cada segundo que pasaba y, sin querer, no pudo evitar recordar con amargura las palabras que Kadar pronunció con orgullo e insolencia.

«No habrá hombre que acepte a una mujer sin virtud, lo más razonable es que nuestro compromiso continúe. Ahora ella es mi mujer».

Volvió a sentir cómo la sangre le bullía en las venas al tener que admitir que ese muchacho estaba en lo correcto. Su hija estaba condenada a cumplir con ese matrimonio le gustase o no, porque algo estaba claro y era que él nunca permitiría que alguien la repudiara por no tener virtud. Sin embargo, no se los dejaría tan fácil.

Era el turno de Kadar para demostrarles cuánto estaba dispuesto a sacrificar con tal de tener a su hija de vuelta en su vida. De eso se encargaría sin misericordia, porque al él había que convencerlo con hechos y no con simples palabras. Su pueblo lo consideraba un hombre íntegro, honesto y que gracias a su astucia e inteligencia su reino se encontraba entre los más ricos y estables de todo Medio Oriente.

Casa Real

Reino de Khaybazha

Kadar azotó la puerta en cuanto entró furioso al despacho de su padre, necesitaba una explicación, o por lo menos, una razón válida del porqué no se le puso al corriente de la aparición del rey Mohamed en palacio.

—Por un momento pensé que estábamos trabajando en equipo —le reclamó al rey conteniendo la rabia que sentía al verlo sentado detrás del escritorio leyendo el diario.

—¡Déjenos solos! —ordenó el monarca y en cuanto se quedaron a solas agregó—. Cálmate y siéntate.

No podía dar crédito a la pasividad que demostraba su padre, como si lo ocurrido en el desierto no cambiara el futuro de su país y de su vida.

—¿Cómo me pide que me calme con tanta tranquilidad?! ¿Es que no se da cuenta de lo que está pasando? —Tomó asiento, sintiéndose consternado al pensar que quizá la vida de Amira pudiera estar en peligro—. Además, padre, ¿por qué no me avisó? Podía haber evitado que el rey Mohamed se llevara a la princesa si actuábamos a tiempo, ahora quizás ya sea demasiado tarde — agregó, moviendo la pierna derecha frenéticamente.

El anciano dobló el periódico y lo colocó a un lado del escritorio para prestarle toda su atención.

—Ya se había enterado. No tenía caso evitarlo, Kadar —confesó mirándolo a los ojos—. Ahora debemos pagar por tu falta de respeto.

Con el ceño fruncido, el príncipe observó al rey sin comprender.

—¿Qué quiere decir?

—Nunca debiste enfrentarlo como lo hiciste.

—Lo sé, soy un imbécil. Me dejé cegar por su altanería. Pero es que la manera en la que me habló me ofuscó —se defendió adoptando una postura inflexible.

El monarca se levantó de la silla para dirigirse a la ventana a tomar un poco de aire.

—Padre, ¿y cómo sabe lo que sucedió? —preguntó levantando una ceja intrigado.

—He hablado con él, Kadar... —comenzó diciendo, pero fue interrumpido por el príncipe.

—¿Sabe si Amira se encuentra bien? —indagó, imprimiendo en su tono de voz la preocupación que sentía por ella.

El repentino interés de su hijo por la princesa le causó alegría, confirmando que su estrategia de mandarlos al desierto para que se conocieran mejor y, a su vez, ayudarlo a sacarle de la cabeza a la británica, había funcionado. Una vez más, lograba su objetivo y, por ello, sonrió satisfecho.

—Por un momento llegué a pensar que usarías este percance como la excusa perfecta para cancelar el compromiso y volver a Londres —siguió diciendo ignorando la pregunta que le hizo su hijo acerca del bienestar de la princesa, necesitaba aprovechar la oportunidad para aclararle sus motivos.

—¿Acaso esta misión era una prueba para probar mi lealtad con usted y el reino? —No pudo ocultar la confusión que sintió al sentirse engañado por su propio padre.

—Era necesario que pasaras esa prueba, hijo. Ahora me queda claro que serás un buen rey y que en compañía de Amira podrán gobernar a Khaybazha con la misma pasión con la que lo hicimos tu madre y yo —dijo con una extraña nostalgia.

Kadar se acercó a la ventana pasándose una mano por la barba

queriendo entender el procedimiento del rey y, aunque no estaba de acuerdo con sus maneras, debía admitir que el plan de su padre había funcionado. Desde que le propuso la misión sabía que tenía una doble finalidad: la primera, asegurar la boda con la princesa y salvar a su reino y, la segunda, aunque él nunca se lo dijo abiertamente, era hacerlo olvidar a Kelly.

Con lo que no contaba era que existiera una tercera, demostrarle con hechos que él era capaz de sacrificar lo que fuera por el futuro de su país. Y esa era la más importante para los ojos de su padre.

—¿Y qué hay de Amira? Porque no deseo que por lo sucedido entre nosotros sea castigada, ya que, en nuestras tradiciones, como en las del pueblo del rey Mohamed, los castigos hacia las mujeres por haber perdido su virtud son muy severos.

—Despreocúpate, hijo, que eso no va a pasar.

—¿Cómo puede estar tan seguro, padre?

—Porque es la hija mimada del rey Mohamed y él, personalmente, cuidará que nadie se entere de lo ocurrido. —Se acercó al príncipe y le pasó el brazo por los hombros—. Debemos ser prudentes. Ahora solo nos toca esperar a que los ánimos de un padre humillado se calmen. Luego iremos juntos a negociar por el futuro de la princesa.

Capítulo 18

Ese mismo día...

—No sé cómo lo harás, Sira, pero necesito que tu princesa reciba esta nota. —Kadar levantó su brazo y le mostró una pequeña hoja de papel que sostenía en la mano.

La mujer negaba con la cabeza, se sentía asustada y con los ojos llenos de lágrimas, ya le había explicado al príncipe que el rey Mohamed le había prohibido hablar con Amira.

—Lo siento, alteza. Pero yo... no puedo.

Intentó zafarse de él, ya había tenido demasiados problemas como para arriesgarse una vez más.

—Sira, escúchame, por favor. —La miró a los ojos y le explicó armándose de paciencia—. La tranquilidad de la princesa depende de este mensaje. Es importante que te valgas de tus artimañas y le entregues este recado que te estoy dando, ¿entiendes?

A Sira no le quedó otra opción que acatar la orden del príncipe. Afirmó con la cabeza y sacó las manos de la túnica aceptando resignada el pedazo de papel. Aunque temía por la reacción que pudiera tener el rey si llegaba a enterarse que otra vez lo había desobedecido, sin embargo, debía hacerlo por la princesa. Desconocía su estado, pero si con esa nota lograba que consiguiera un poco de paz, ella lo haría.

Casa Real

Reino de Mahram

Esa noche...

Amira dormía cuando entraron sus padres a la habitación. Su madre se sentó junto a ella y le tocó el hombro para despertarla.

—Hija, despierta —dijo con sutileza al verla abrir los ojos—. Tu padre y yo tenemos que hablar contigo.

—Hana, por favor, no la trates como a una niña —le pidió el rey con desilusión, todavía no asimilaba que su hija entregara su cuerpo a un hombre sin cumplir con las tradiciones.

—Mamá, papá. ¿Qué ocurre? —Se recostó del cabecero de la cama restregándose los ojos al ver a su padre con el rostro desencajado.

—Amira, debemos hablar acerca del paseo que hiciste con el príncipe Kadar, necesitamos saber...

Comenzó diciendo la reina, pero fue interrumpida por su esposo que no pudo contenerse un segundo más. Necesitaba saber si su hija había sido obligada, violada o torturada de alguna manera, como también, por qué no había sido informado desde el momento que iniciaron los preparativos del viaje.

—¿Cómo pudiste permitir que te enviaran a un paseo por el desierto sin la compañía de Sira? ¿Acaso él te obligó? —preguntó con rabia apretando la mandíbula.

—No, papá. Claro que no —contestó horrorizada de que pudieran pensar eso de él—. Nadie me ha obligado a nada. Y con respecto a Sira, fui yo

la que tomó la decisión de que se quedara en palacio en cuanto me aseguraron que nunca estaríamos solos y de que contaría con la ayuda necesaria.

El rey tomó una bocanada de aire antes de continuar.

—Si descubro que el príncipe Kadar te ha obligado a hacer algo... — No pudo pronunciar las amargas palabras que le dijo el muchacho en el desierto—. Te juro que soy capaz de matarlo con mis propias manos.

La princesa se levantó con ímpetu sin comprender por qué su padre le hablaba de esa manera. Se consideraba una mujer adulta. Tenía veinticinco años y estaba acostumbrada a que se le tratara con respeto en todo momento. Incluso, siempre acató sin protestar las obligaciones impuestas por sus padres. Sin embargo, esto era demasiado.

Entonces se le vino a la memoria el momento en el que vio a su padre y a Kadar discutir a través del cristal del helicóptero y no pudo evitar preguntarse.

«¿Qué era lo que ellos se decían con tanta violencia?».

—¿Fue por eso que me trajo de vuelta a Mahram? —Lo miró directo a los ojos, con determinación—. ¿Creen qué me obligaron a hacer algo? — Sonrió para quitarle hierro a la situación—. El rey Rabah me invitó a conocer su pueblo, así que me pareció una buena idea, al fin y al cabo, pronto será mío también. Además, siempre estuve protegida por el equipo de seguridad del príncipe.

La princesa se sintió mal al descubrir que ella era la causante de todo ese enredo. Si no hubiera sido por sus dudas acerca de su unión con Kadar nada de eso estaría pasando. Pero eso no se lo contaría a sus padres, ellos jamás la entenderían.

—El problema es que no debiste tomar esa decisión sin consultarlo primero con nosotros —puntualizó lleno de frustración—. Me preocupé cuando Sira me dijo que estabas en un viaje por el desierto. Eres mi hija y debo protegerte. No deseo que los Marrash se burlen de nuestro acuerdo.

—Perdóneme, papá. No creí necesario hacerlo —dijo dando el tema por terminado. Los observó a los dos y agregó—. Deseo volver al reino de Khaybazha y continuar con la boda. —Su voz sonó decidida.

—Amira...

La reina se llevó una mano al pecho al darse cuenta de que su hija jamás les admitiría lo que ellos ya sabían. Era un hecho que Amira se había enamorado del príncipe Kadar. Solo esperaba que él les demostrara que era digno de ella.

—Eso no es posible, Amira. —La enfrentó su padre con desilusión. Él nunca se imaginó el día en que su pequeña princesa le mintiera. Todo por culpa de ese maldito acuerdo con los Marrash—. En vista de los acontecimientos he cancelado la boda, hasta que llegemos a un nuevo acuerdo, deberás permanecer lejos de ellos.

—No debió —objetó y se levantó de la cama—. Su actitud es excesiva, papá.

—No se hable más del asunto —dictaminó ofreciéndole una mano a su esposa para que se pusiera de pie junto a él—. Serás castigada por tu falta —comenzó a decir con voz firme—. Se te prohíbe todo tipo de comunicación y se te enviará al desierto. Es una orden y deberás cumplirla porque soy tu padre y además tu rey.

—Madre, diga algo, por favor —le pidió a manera de súplica, con la esperanza de que se pusiera de su lado como de costumbre.

—Lo siento, hija, pero esta vez estoy de acuerdo con tu padre. Es necesario que reflexiones acerca de las consecuencias de tus actos. Conoces nuestras tradiciones y las normas que debemos cumplir, sin embargo, tú parece que las has olvidado.

Amira se pasó una mano por el cabello exasperada.

—¿Y por cuánto tiempo debo ser sometida a ese castigo? —preguntó horrorizada al verse en esa situación.

—El que sea necesario, Amira. El que sea necesario.

Capítulo 19

Un mes más tarde...

Los cuatro Jeep todoterreno aparcaron con lentitud frente a la inmensa puerta principal del palacio del rey Mohamed. Sus ocupantes no hablaban, quizá no había nada más que decir. Solo tenían una oportunidad. Después de varias semanas negociando con el padre de Amira, al fin este había accedido a conversar con ellos, pero bajo sus condiciones.

El primero en descender fue el jeque Rabah Bin Marrash, seguido del príncipe heredero Kadar Marrash, quien había vivido largos y oscuros días imaginando todo lo que Amira podría estar atravesando. Conocía las consecuencias de sus actos, la ley islámica podía llegar a ser inclemente con las mujeres. Y en lo más profundo de su corazón reconocía que había sido él, con alevosía y premeditación, quien había provocado lo ocurrido.

Al transitar por aquel palacio, Kadar pudo comprobar lo que su padre le repetía una y mil veces, que ese país era inmensamente rico, podía reconocerlo por lo exquisito, elegante y excesivamente ostentoso de cada objeto que sus ojos miraban.

Cuando llegaron al salón principal, el secretario del rey los recibió con una leve inclinación.

—Sean bienvenidos al palacio real de Mahram, por disposición de mi rey debo pedirles que ordenen a su equipo de seguridad esperar fuera.

A los dos hombres no les gustó para nada aquella petición, sin embargo, fue Kadar quien con un movimiento de cabeza dio la orden.

Después de media hora el secretario los guio hasta el despacho del rey Mohamed, que no los esperaba solo. Acompañado de su esposa, Hana, se mantuvo en su sillón evitando cualquier contacto físico con ellos.

Por supuesto que aquel gesto era una ofensa casi imperdonable para el

jeque Rabah Bin Marrash, acostumbrado a ser tratado con los honores más exclusivos y propios de un rey. No obstante, prefirió dejar pasar el desaire y tomar asiento donde le indicó uno de los criados.

La tensión podía percibirse, era tan espesa como una tormenta de arena en pleno desierto.

—En nombre de mi padre y el mío propio quiero darle las gracias por permitir este encuentro —pronunció Kadar, implacable y seco.

—No fue una decisión fácil de tomar —gruñó—. ¡Habla! ¿Para qué han venido? ¿No fue suficiente la humillación que le causaste a mi familia?

Kadar volteó la cara un segundo, solo para serenarse, conocía su temperamento y lo orgulloso que era.

—He venido hasta aquí en compañía de mi padre para repetirle lo mismo que le dije en el desierto, deseo casarme con la princesa Amira y ahora más que nunca le pido que recapacite sobre el acuerdo pactado.

Los ojos del rey Mohamed se volvieron fieros hacia el muchacho. Por un instante intercambió la mirada con el jeque Rabah y le contestó:

—Mi hija no es una cualquiera, ¿cómo pudiste destrozar su futuro? ¿Quién te crees que eres?

—Escúcheme, por favor. —Tomó una bocanada de aire y respiró profundo para llenarse de paciencia—. Entiendo su enfado y le pido perdón, pero quiero que sepa que soy un hombre de palabra y deseo honrar a la princesa casándome con ella. No comprendo por qué se opone.

—¿Te parece poco, muchacho? —Mohamed ladeó la cabeza, sorprendido por aquella pregunta—. Deshonraste mi reino, tanto tú como tu padre conocen muy bien nuestras costumbres.

—¡Y por eso estamos aquí! Porque somos hombres de palabra —decretó el rey Rabah.

Kadar aplaudió las palabras de su padre con un movimiento afirmativo de cabeza.

—Sabe muy bien que le será muy difícil conseguirle un marido a Amira, no dudo que con su fortuna y ofreciendo algún puesto importante dentro del reino logre que sea la segunda o tercera esposa de cualquier hombre —subrayó sintiendo rabia con tan solo pensar que ella fuera obligada a casarse

con otro—. Pero alguien con la misma posición monárquica como la que yo poseo no —aseguró con voz dura, mientras observaba cómo la reina se removía incómoda sobre su sillón.

Los ojos del rey Mohamed se mantuvieron fijos sobre el escudo de su reino, aunque despreciaba con toda su alma a los Marrash tenía que pensar en el futuro de su hija. Odiaba tener que admitir que jamás las imaginaria como la segunda esposa de un pobre diablo.

Amira había nacido para ser una reina y todo lo que quedara debajo de ese puesto era impensable para él. Había llegado la hora de negociar con los Marrash. Pagarían de una manera u otra su deshonra.

—Deberías escucharlo —le murmuró su esposa al oído en voz baja.

—No seré benevolente con tu reino, príncipe Kadar.

—Estoy seguro de ello. Dígame usted lo que quiere.

—Triplicarán la dote —anunció mirando al rey Rabah, mientras entrelazaba los dedos de sus manos, que comenzó a mover.

—Hecho —aceptó con tranquilidad, eso era algo que él y su padre habían discutido—. ¿Algo más? —indagó con el ceño fruncido.

—Quiero a tu heredero. Al nacer deberás enviármelo. Ese niño crecerá aquí, en el Reino de Mahram y será educado para ser mi sucesor.

El príncipe Kadar negó con la cabeza, no le salía palabra alguna. Era impensable cumplir con aquella petición. Si la aceptaba nunca se lo perdonaría, porque para un rey su primogénito lo era todo. Era el futuro de su país.

—La princesa no lo permitirá —expuso solemne.

—Mi hija fue educada para obedecer, si pactamos ese acuerdo así será.

Un largo silencio cubrió el lugar.

Existían decisiones difíciles de tomar para un príncipe heredero al trono, Sabía que al aceptar sacaba a su país del abismo económico, sin embargo, en cuanto su prometida se enterase de aquello lo odiaría para siempre. Pero, por otro lado, aseguraba el futuro de su hijo al hacerlo el rey de un país tan rico como lo era Mahram.

Seguro de aquel pensamiento se levantó de la silla y caminó hasta el escritorio, levantó el brazo derecho y le ofreció la mano al rey Mohamed.

—De acuerdo —declaró, sellando por primera vez su propio destino y, al mismo tiempo, el de su primogénito.

Una vez que salieron del despacho, el padre de la princesa les ordenó a su secretario comunicarse con el campamento en el desierto de Mahram. Era hora de traerla de vuelta a casa.

Capítulo 20

Dos horas después...

Al rey se le informó que Amira no se encontraba en el campamento, pero que habían comenzado a buscarla por todos los alrededores.

Kadar, al escuchar la noticia, no podía creer lo que estaba ocurriendo. Cómo era posible que nadie supiera dónde estaba. Se suponía que debía estar protegida y segura en todo momento.

—¡Debemos ir por ella! —exclamó exasperado al ver que nadie se movía.

—Mandaré a alistar el helicóptero, si vamos por tierra llegaremos muy tarde —contestó el rey, que se había quedado paralizado ante la noticia.

La reina se acercó al príncipe mientras su marido hablaba por teléfono con la gente del campamento.

—Kadar, asegúrate de encontrarla con vida, el desierto es inseguro, está lleno de animales y un sinfín de peligros —pronunció con pánico.

—Le doy mi palabra que así será. Confíe en mí, su alteza. La traeré de vuelta sana y salva.

Asintió con la cabeza y se alejó unos pasos al ver que su esposo se derrumbaba en un sillón. Su rostro pálido no era buena señal.

—Deberás ir solo muchacho —le informó el rey—. En mi estado de ansiedad solo retrasaré la búsqueda, pero cuatro de mis mejores hombres te acompañarán. Conocen el desierto y sabrán orientarte.

—Entiendo. Le prometo que la traeré de regreso —contestó con el corazón latiéndole a toda velocidad, ahora tenía la oportunidad de demostrarles con hechos que, a pesar de que la relación entre ellos comenzó con mal pie, podía mejorar.

Desierto de Mahram

Campamento Bakri

En cuanto Kadar se bajó del helicóptero, exigió saber si ya la habían encontrado. Su alma cayó a los pies cuando varios hombres negaron con la cabeza. No daba crédito a las excusas por parte del equipo de seguridad de cómo pudo ocurrir algo así.

—Por la falta de un camello sabemos que lo usó para poder huir.

—No debería estar muy lejos —concluyó Kadar y se giró hacia donde se encontraban los animales—. Iré en caballo en dirección oeste, si la tormenta de arena regresa me será más fácil seguir mi camino o regresar. Con el Jeep sería una locura, ya que es muy pesado y se hundiría en las dunas —les dijo a los cuatro hombres que lo acompañaban—. Ustedes cubran el norte, sur y el este. La tenemos que encontrar.

—Como ordene, príncipe Kadar —respondieron al unísono.

—Alteza, permítame acompañarle —le pidió Sira al reconocerlo entre la multitud.

La muchacha tenía pocos días de haber llegado al desierto y ahora, con la desaparición de la princesa, sentía que tenía toda la culpa de lo sucedido, si ella le hubiese advertido que realizar aquel viaje junto al príncipe destruiría su futuro, o por lo menos avisado a su rey, nada de eso estaría pasando. Pero ahora tenía la oportunidad para reivindicarse ante todos y, en especial, ante la princesa, una de las personas que más admiraba.

—Es preferible que te quedes aquí. Si alguien logra encontrarla primero que yo, te pido que me llames al teléfono satelital. ¿De acuerdo?

—Está bien, haré lo que usted diga, alteza.

—Dime una cosa, ¿pudiste entregarle la nota?

Asintió con la cabeza.

—Apenas pude hacerlo hace dos días.

Un extraño presentimiento le decía que quizá la nota había sido el detonante para que Amira tomara la decisión de abandonar el campamento. Tenía que encontrarla rápido, en unas horas el sol se ocultaría.

—Dame todos los detalles, necesito saber desde cuándo está desaparecida.

—Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que supieron de ella. La criada que le llevó la cena afirma que la vio alrededor de las ocho de la noche, cuando fue a retirar la bandeja de comida.

—¿Y cuándo comenzó la búsqueda?

El príncipe tenía una corazonada y, si su instinto no le fallaba, sabía que debía buscarla rumbo Oeste, en dirección a la frontera con Khaybazha.

—A las nueve de la mañana se dieron cuenta al no encontrarla dentro de la *Jaima* cuando le llevaron el desayuno.

—Con eso es suficiente, Sira. Debo irme ya para aprovechar lo que queda de luz solar.

Provisto de agua y mantas, Kadar subió al lomo del caballo y con un sonido seco de su garganta lo instó a emprender la marcha.

A todo galope salió del campamento.

Durante la exploración se detenía por segundos buscándola de un lado a otro, no podía descartar la posibilidad de encontrarla herida sobre la arena. En medio de ese inmenso desierto cualquier cosa podía suceder. Ese pensamiento y su enorme sentimiento de culpa no lo dejó descansar ni un instante.

Horas más tarde...

El sol comenzaba a ocultarse. Kadar cubrió sus ojos con ambas manos ya que el reflejo de la arena le impedía ver bien a la distancia. Agudizó el oído y entrecerró los ojos para mirar con atención. Entonces la vio, a lo lejos, haciendo que todo su mundo girara como un torbellino.

Aún permanecía sobre el camello, pero la distancia que los separaba le

impedía saber cómo estaba.

Un chute de adrenalina lo impulsó a espolear el caballo con fuerza y galopar hasta dejarlo sin aliento. Sin desviar la mirada fue reduciendo la distancia que los separaban.

Conforme se acercaba, Kadar pudo ver que el camello andaba prácticamente solo, Amira se encontraba reclinada boca abajo sobre la joroba, con las manos colgando a cada lado y su largo cabello negro cubriéndole el rostro.

Llegó sin aire en los pulmones hasta un costado del animal, bajó del caballo con un salto y poco a poco fue halando el cuerpo inerte hacia sus brazos. Tenía la piel de los brazos y piernas quemados por el sol, la túnica se le había subido dejando al descubierto partes de su cuerpo.

En cuanto alzó su cabeza le apartó los mechones negros y vio su cara, apretó los dientes por la rabia que sintió al ver cómo tenía los labios resecos y enrojecidos.

Incorporó con lentitud su cuerpo sobre la arena e intentó despertarla con el corazón latiéndole a mil.

—Amira, Amira, soy yo. Kadar.

Ella intentó abrir los ojos, pero su cuerpo lo único que le pedía era agua.

—Agua, quiero agua.

De inmediato buscó la botella para acercársela a los labios. La pobre tragaba con desespero.

—Bebe poco a poco.

—Agua —repitió sedienta.

—¡Maldición, Amira! No debiste huir de esa manera —le reprochó, su tono era suave pero preocupado—. Todo lo que ha pasado ha sido por mi culpa. ¿Leíste la nota? Por eso huiste, ¿cierto? —Mientras hablaba negaba con la cabeza—. No debí enviártela.

—¡Shhh! No digas eso. —Volvió a tomar otro poco de agua antes de volver a hablar—. Gracias a esa nota salí a buscarte. Me sentí morir con cada día que pasaba en esta soledad, sin poder comunicarme con nadie. Hasta llegué a pensar que ya no querías saber de mí. Fue entonces cuando Sira, al verme sufrir, buscó la manera de hacérmela llegar. Al leerla fue como un

renacer, como si mi vida comenzara de nuevo. —Sacó el pequeño trozo de papel que guardaba entre la túnica y volvió a leerla llena de sentimientos.

Amira, sé que no fue correcto lo que pasó entre nosotros, pero nunca pienses que fue un error. Me imagino que te debes sentir sola en este momento, pero créeme que lucharé para que volvamos a estar juntos.

*Tuyo.
Kadar Marrash*

—Amira —murmuró él soltando un suspiro—. Ya estoy aquí, contigo, y te prometo que jamás permitiré que vuelvan a separarte de mí.

—¿Lo prometes? —Subió la mirada y levantó lentamente el brazo para poder tocar su rostro. Por un momento creyó que era un espejismo producto del agotamiento físico y mental.

—Lo prometo. Es hora de que les avise a tus padres que estás sana y salva.

Le colocó la cobija sobre las piernas para protegerla de la brisa, tomando el teléfono satelital para marcarles.

—¿Mis padres saben que estás aquí? —inquirió sorprendida sin poder dar crédito a lo que escuchaba.

—Sí. Les prometí que los llamaría en cuanto te encontrase. —Le dio un suave beso sobre la frente para no lastimar sus labios partidos—. Me he pasado toda la mañana convenciendo a tu padre de que nos deje continuar con la boda.

—¿Y? Vamos, no te hagas de rogar —le pidió emocionada con el corazón acelerado.

—Y muy pronto te convertirás en mi esposa, Amira Bakri. —Besó su cuello y la sintió estremecerse.

—Repítelo —pidió abrazándolo con fuerza.

Él soltó una carcajada.

—¿Sabes que eres una mujer muy exigente, princesa?

—Solo contigo.

Ahora fue Kadar quien la abrazó.

—Celebraremos la boda como se había planeado, con la diferencia de

que hoy debo comportarme como un príncipe y llevarte al palacio de tu reino. —La fastidió guiñándole un ojo y añadió—. Debes estar hecha una experta con aquella técnica que te enseñé.

—Podría decirse que sí, los días eran bastante largos. —Volvió a sonreír, pero esta vez sintiendo cómo el rubor le cubría los pómulos.

—Has aprendido del mejor —bromeó mientras aseguraba el camello y la ayudaba a subir al caballo.

—¡Eres un fanfarrón, un ególatra, un pretencioso y para nada humilde!

No pudo evitar soltar una carcajada al escucharla tan animada, si no fuera por las quemaduras cualquiera diría que no le pasó nada. Amira era fuerte y decidida, la mujer perfecta para él.

—Entonces seré un fanfarrón que vivirá para hacerte feliz y ser el padre de tus hijos.

Volvió a tomar el teléfono, necesitaba comunicarse con palacio.

Al escucharlo hablar con soltura, los ojos de Amira brillaron de felicidad, no pudo evitar que las lágrimas le corrieran por el rostro. No podía pedirle más a la vida, Kadar estaba allí, la había rescatado de una muerte segura por el amplio desierto y, por si fuera poco, se enfrentó a su padre para cumplir con su palabra. Lo amaba y estaba segura de que en muy poco tiempo penetraría su corazón.

EPÍLOGO

Casa Real

Reino de Khaybazha

Dos meses más tarde...

En cuanto Amira abrió los ojos se encontró rodeada de un puñado de mujeres, todas alegres y emocionadas de cumplir con los rituales previos a la noche de boda.

Seguidas de Sira fue llevada al amplio cuarto de baño donde cubrieron su cuerpo de aceites perfumados mientras la masajeban.

En un rincón se encontraban un par de mujeres ancianas, cantaban versos del Corán y aclamaban sonidos beduinos tradicionales, todo esto con el fin de arrojar la mala suerte y el mal de ojo, le explicó su secretaria al verla conmovida con los ojos llenos de lágrimas.

Su larga melena negra fue lavada con agua de rosas y jazmín, mientras el vapor que inundaba la habitación cumplía la función de purificar tanto su cuerpo como su alma. Al terminar la tendieron en una mesa para ser depilada con mimo con ceras naturales.

Al caer la tarde, fue trasladada a su habitación en donde cuatro mujeres al mismo tiempo decoraban su piel con dibujos de henna, en las manos y pies.

—Amira, amiga, esto es precioso —dijo Sylvia llevándose una mano al pecho de lo emocionada que se sentía al entrar en el dormitorio.

—Sylvia, cuánto me alegro de que hayas podido venir.

—Esta boda no me la perdería por nada del mundo.

Se acercó con los ojos empañados, quería abrazarla, pero le era imposible penetrar el grupo de mujeres por el que era rodeada la princesa.

—Gracias por estar aquí. Sin ti no hubiese sido lo mismo.

—Bah, dejemos el sentimentalismo. —Sonrió para cambiar de tema, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano—. No me puedo dar el lujo de arruinar mi maquillaje, me tardé más de una hora en hacer este milagro. —Ambas rieron.

—Estás preciosa, como siempre.

—Gracias, pero creo que es suficiente de hablar de mí. —Volvió a sonreír aceptando un asiento que le ofreció Sira—. ¿Podemos hablar con libertad? —preguntó observando a su alrededor.

—Sí, no te preocupes que ellas no nos entienden, excepto por Sira, pero tú ya la conoces, ella es de mi total confianza. —La princesa le dedicó a la muchacha una mirada llena de afecto.

—¿Eres feliz?

—Lo soy, Sylvia —admitió llena de orgullo—. Desde la última vez que hablamos han pasado meses. Meses en los que he aprendido a conocerme y en los que he vivido un sinfín de situaciones, unas maravillosas y otras no tanto. —Sylvia la miró con fijeza, apreciando que su amiga se veía diferente, más madura, más segura de sí misma, por así decirlo—. Aunque hay algo que debo admitir, si no hubiese sido por tus sabias palabras, hoy no estaríamos aquí.

—¿A qué te refieres con sabias palabras? —indagó sorprendida—. Si mal no recuerdo, esa última vez que hablamos estabas llena de dudas.

—Es verdad, lo estaba. —Asintió con la cabeza—. Me refiero a lo que dijiste; que luchara por lo que quería con garras y dientes sin poner en duda mis encantos. Y eso fue exactamente lo que hice, Sylvia. Me dejé de tonterías y me di la oportunidad de vivir.

Ambas conversaron por largo rato, el personal les ofreció bocaditos salados, dulces, empanaditas de hojaldre, tabule, humus, canapés, chocolate y dátiles. También les repartieron té y café árabe. Hasta que Sylvia se vio obligada, por la reina Hana, a abandonar el dormitorio. Se le explicó que era importante que la princesa disfrutara de los rituales a plenitud y sin distracciones.

La faena continuó, esta vez las mujeres se encargaron de perfumarla, otras de maquillarla, dándole énfasis a sus expresivos ojos color chocolate que

delinearon con kohl, para luego peinar su cabello en un moño alto, que adornaron con cadenas de oro y piedras preciosas.

En cuanto llegó la hora de vestirla, su madre se mantuvo a su lado. Estaba feliz de ver a su hija tan radiante. Su vestido de novia había sido confeccionado por un reconocido diseñador: Elie Saab, dueño de una de las casas de moda más importantes de París.

El traje fue hecho bajo la tradición del reino. De estilo clásico, cubierto por flores blancas bordadas, detalles de encaje y larguísimo velo con aires parisinos, bañado por pequeños diamantes, perlas y cristales Swarovski.

Una vez lista, la princesa se situó frente a un gran espejo, decidió no ponerse las decenas de pulseras que se habían escogido para que usara en el brazo izquierdo. Prefirió solo usar el juego de rubíes que Kadar le había dado como regalo de compromiso. Simbolizando de esa manera lo que significaba para ella usar esas joyas que una vez habían sido de la difunta madre del príncipe.

En cuanto Sira terminó de abrochar el collar, se pasó los dedos por las piedras evocando la primera vez que se besaron, y aunque fue un breve encuentro, fue el primero. Dejándole saber con acciones que él era un hombre apasionado, impulsivo y ardiente.

Esa noche...

La boda de los príncipes se llevaría a cabo en el salón Imperial de palacio. Un espacio exclusivo que se utilizaba para celebrar las ceremonias de todos los miembros de la familia real.

En la estancia entraban cincuenta mesas de patas bajas vestidas con manteles, todas decoradas con floreros de bronce tallados con los nombres de los novios y que portaban rosas rojas, espigas doradas y jazmines blancos. Los suelos de mármol estaban cubiertos por las más preciosas alfombras tejidas a mano por las mujeres del desierto de Khaybazha y los techos labrados en madera eran adornados por enormes lámparas de cristal.

En el fondo se alzaba el altar, que, en este caso, a petición personal de la

princesa, estaba iluminado por lámparas de aceite, velas blancas y cadenas de luces que colgaban sobre una estructura rectangular de metal. Además de flores, cortinas de sedas y pashminas^[iii] de cachemir.

Al llegar el momento de celebrar el primer paso de la boda, el cual era firmar el contrato nupcial o *Nikah*^[iv], fueron sus padres quienes la acompañaron desde su habitación hasta el salón Imperial, donde se encontraban reunidas ambas familias y los invitados.

En cuanto entró, todos se levantaron y Kadar se giró quedando impresionado por su belleza.

Al observarla caminando hacia él vistiendo ese exquisito traje de novia, estaba seguro que no existía mujer más perfecta. El maquillaje le resaltaba sus expresivos ojos, el velo creaba un misterio a su alrededor y las joyas le daban un brillo elegante; pensó que era un hombre muy afortunado.

Junto al rey Rabah Bin Marrash, se encontraban sus hijos, que después de la ceremonia cada uno partiría a su destino. Los cuatro príncipes de Khaybazha, vistiendo los trajes típicos del reino, una larga túnica blanca cubierta por un *bisht* color beige, decorado en los bordes por adornos bordados en hilos dorados. Sobre la cabeza, sujeto por un cordón negro doble, llevaban un pañuelo blanco. Y a un lado de ellos, el *Sheik*^[v], el magistrado islámico que se encargaría de guiar la ceremonia.

Amira se sentía tan nerviosa que no volteó la cabeza para ver a Kadar. Las manos le sudaban, le temblaba el cuerpo y estaba segura que pronto le faltaría el oxígeno. Necesitaba controlarse, pensó al llegar junto a él.

Cerca del altar ubicaron una pequeña mesa, cubierta con un mantel de seda blanco y a cada lado, colocaron unos jarrones altos de bronce llenos de jazmín. Los novios no perdieron tiempo en leer el *Nikah*, ya que ambos conocían los acuerdos que fueron establecidos previamente por los reyes. Ambos firmaron el elegante documento quedando así unidos legal y espiritualmente.

Luego, el *Sheik* inició la ceremonia hablando sobre la importancia del matrimonio, leyó pasajes del Corán y para dar por hecho la unión les preguntó

a los novios:

—Príncipe Kadar Marrash y princesa Amira Bakri, en presencia de sus altezas, familiares y amigos, ¿aceptan este matrimonio y prometen construir una familia bajo la ley islámica?

—Sí —contestaron al unísono.

El hombre asintió con la cabeza y siguió leyendo:

—El hombre necesita de una buena y leal compañera para que lo ame y cuide el hogar, de la misma manera que una mujer necesita de un hombre que la quiera, la cuide y ayude con la educación de sus hijos que serán la base de su familia.

Familia, aquella simple palabra estremeció por completo a Kadar, a partir de ese momento Amira se convertía en su prioridad, su familia. Al aceptar ese matrimonio, cumplía con su deber como heredero al trono, afianzaba las relaciones con el reino de Marham y obedecía a su padre.

La ceremonia concluyó con el intercambio de anillos, hechos en oro y con incrustaciones de piedras preciosas. Amira intentó controlar los nervios y evitar que las manos le temblaran cuando le colocó la alianza al hombre con quien compartiría toda su vida.

Alabanzas, cánticos y un sonido silbante tradicionalmente beduino se escuchó por toda la estancia.

Pocos minutos después, los invitados junto a los novios brindaron bebiendo un *sharbat*^[vii], una bebida preparada a base de frutas y pétalos de flores. Luego Kadar acompañó a su esposa hasta la mesa principal, donde los miembros de ambas familias, sentados a cada lado comenzaban a degustar del banquete. Shawarma, Quibbe, Burgol con pollo, Cabab, Lubby, Malfuf, Mahshi, dulces y frutas frescas fueron algunos de los platos que ofrecía el buffet.

En un momento de la noche todos fueron sorprendidos cuando, de pronto, escucharon el sonido de tambores, gaitas y cuernos que utilizaban un grupo de muchachos acompañados por hermosas bailarinas del vientre. Se trataba de una tradición muy antigua en el reino de Khaybazha.

Amira se maravilló por la destreza y el talento de los músicos, con una sonrisa en los labios volteó la cara y miró a su esposo.

Kadar aplaudía con entusiasmo sin dejar de contemplarla. Quizá era producto del momento, pero aquellos ojos tan expresivos brillaban de felicidad, ¿a quién quería engañar? Él también lo era. Durante el tiempo que compartió con ella en el desierto aprendió a quererla y a respetarla por su inteligencia e infinita belleza.

—No me mires así que me pones nerviosa —susurró Amira inclinándose hacia él.

Kadar se volteó por completo y le besó el cuello en un rápido movimiento evitando que alguien los viera.

—Si supieras las ganas que tengo de despojarte de ese vestido y hacerte el amor no estarías nerviosa —dijo él en voz baja.

—¿Y se puede saber cómo estaría? —preguntó con picardía mordiéndose el labio inferior.

—Estarías desesperada por salir de este lugar tanto como yo, me esperarías en nuestro dormitorio y te cambiarías este vestido por ese traje de baile que encuentro tan seductor.

—Entonces quieres que baile para ti esta noche, ¿es eso lo que realmente quieres, Kadar? —pronunció con coquetería disimulando que se arreglaba un mechón de cabello.

—Quiero que bailes para mí esta y todas las noches que nos resten, Amira. Te prometo que viviré con una única misión.

—¿Y se puede saber qué misión es esa?

—La de hacerte la mujer más feliz del mundo.

FIN.

Acerca de las Autoras

Gabriela Lo Curto es una escritora venezolana, egresada del Pedagógico de Caracas, con el título de Profesora de Informática, posteriormente realizó una especialización en Planificación y Evaluación.

Ejerció su carrera hasta el año 2015, cuando decidió, junto a su familia, trasladarse a España, donde vive actualmente.

Escribió su primera novela con tan solo 13 años, pero no fue hasta el año 2016 que decidió crear y publicar como profesional su biología: **Un amor a mi medida: Ocaso y Amanecer**. Y su más reciente trabajo: **Amarte es más que mi destino**.

Correo: gabrielalocurto@gmail.com

Twitter: @locurto27

Instagram: @gabriela.locurto

Facebook: Gabriela Lo Curto

Google+: Gabriela Lo Curto

A.G. Keller, es una apasionada de la lectura, la buena comida, el vino, la música y el cine. Desde los doce años comenzó a escribir sus primeros relatos.

Reside en los Estados Unidos, desde el año 1995. Vive en un pequeño suburbio en las afueras de Dallas, Texas, con su familia.

Mía, es su primera novela auto publicada en Amazon, un sueño hecho realidad. Su segunda novela se titula: **ADICCIÓN**, es el primer libro de la Serie Hermanos Duncan, siguiendo el mismo género de romance, un reto contado en dos voces. **ALLY**, es su tercera novela, la historia de Allison y Robert, personajes secundarios de Mía. **EUFORIA**, es el libro 2 de la Serie Hermanos Duncan. Otro reto superado, contado en cuatro voces, y desenlace de la historia del hermano mayor de los Duncan, Max.

Tú Princesa Yo Superhéroe, es la novela con la que incursiona en el género Juvenil. Una historia contada en varias voces.

También ha creado una libreta de notas **Vive, se feliz y nunca dejes de soñar**, para que le des rienda suelta a tu imaginación y, en la que encontrarás, hermosas frases de sus personajes.

CONNOR es su última entrega, la continuación de **Mía**, donde encontrarán romance del bueno, sensualidad y mucha pasión.

Cualquier duda, crítica o sugerencia, la puedes dejar en su correo electrónico. Como también puedes seguirla en las redes sociales.

Si estás interesado en adquirir cualquiera de sus títulos en versión Papel, autografiados y con un regalito sorpresa, ponte en contacto:

agkellerescritora@gmail.com

Twitter: @ag_Keller

Instagram: @a.g.keller

<https://www.facebook.com/A.G.Keller.Escritora>

[i] *Bisht*, prenda similar a una chaqueta, usada típicamente en ocasiones especiales o por aquellos en el poder.

[ii] *Jaima*, especie de tienda de campaña usada por los pueblos nómadas o del desierto.

[iii] *Pashina*: El nombre proviene de *Pashmineh*, formado por la palabra persa *pashm* (lana). Esta lana proviene del *changthangi* o ‘cabra de Cachemira’ (en inglés, *Pashmina goat*) una raza de cabra propia de las altas regiones de los Himalayas. La lana cachemir se ha utilizado durante miles de años para fabricar chales de alta calidad denominados *pashminas*.

[iv] *Nikha*: Contrato nupcial.

[v] *Sheik*: El magistrado islámico que se encargaría de guiar la ceremonia.

[vi] *Sharbat*, una bebida preparada a base de frutas y pétalos de flores